

Serie terror
THANATOS

**Curtis
Garland**

Los embalsamados

NOVELA INEDITA



EDICIONES FORUM

**Curtis
Garland**

**Ahorcado,
dame tus ojos**

EDICIONES FORUM

1.ª edición: mayo 1985

Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88 planta 5.ª 08008. Barcelona

©Texto: Curtis Garland

©Cubierta: Boada - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-134-8

Depósito Legal: M-16.711-1985

Fotocomposición: Lingraf, S. A.

Pujadas, 77-79. 08005 Barcelona

Impresión: Gráficas futura, Sdad. Coop. Ltda.

Villafranca del Bierzo, 21-23

Fuenlabrada (Madrid)

Printed in Spain - Impreso en España. Mayo 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

PRIMERA PARTE

Londres, 1851

1

Eran días risueños para la ciudad.

Acababa de inaugurarse aquel primero de mayo la magna Exposición Universal, bajo las amplias bóvedas del Palacio de Cristal. Era la primera gran eclosión económica e industrial de una nueva era que se las prometía felices.

El sesudo *Times* así lo subrayaba en sus comentarios, tras la inauguración del magno certamen internacional por Su Graciosa Majestad, la Reina Victoria: «A algunos, esta exposición les hace pensar en el día en que todas las eras y los tiempos se reunirían junto al trono del Hacedor».

Y, en efecto, todo parecía presagiar horas de ventura, riqueza y prosperidad para el Imperio a partir de aquel histórico momento en el Londres de 1851.

Al buen ciudadano londinense, y británico por extensión, nada parecían importarle ya para esas fechas los graves problemas de Estado, como el hambre en Irlanda, provocado poco tiempo atrás por la llamada «enfermedad de la patata», ni la oleada terrorista provocada por el Movimiento Joven Irlanda, las dificultades del gobierno de lord Russell para conducir su tarea a buen puerto, con el fantasma eterno de las interminables guerras coloniales en la India.

Por otro lado, aparte de la Gran Exposición Universal, había otros motivos de júbilo para la clase trabajadora inglesa: la reducción de la jornada laboral, nada menos que a diez horas diarias, en lo que se refería a mujeres y niños, la anexión del Estado Libre de Orange o la anexión del Punjab, en la India. El orgullo y la esperanza británicos en la brillantez de los tiempos que se venían encima, parecían por tanto plenamente justificados.

Pero no todo era motivo de satisfacción ni de complacencia para los ingleses, pese a cuanto dijera la Inglaterra oficial y triunfalista.

Existían aún en gran medida la mina, la miseria, el hambre y toda clase de lacras humanas y sociales en el Londres de aquel tiempo que tan excelentes perspectivas ofrecía a todo el mundo, según el siempre arrogante *Times*.

Entre esas lacras, naturalmente, estaba la enfermedad, la falta de asistencia sanitaria, el olvido total por parte de los gobernantes de las clases sociales bajas, e incluso las dolencias epidémicas, las hereditarias a las que no se sabía ni quería poner coto, y a la escasa o nula atención que en la clase médica provocaban problemas tan graves como la sífilis, la tuberculosis, el cólera... o la locura.

Para el optimista Londres Victoriano de aquellas fechas de la flamante Exposición Internacional, la locura seguía siendo más que una enfermedad: era una maldición, un secreto nefando, una tara de la que el paciente parecía tan culpable como del asesinato o el robo. Al enfermo mental no se le sanaba. Se le recluía, y asunto terminado.

Pero eso no era todo. La reclusión, las más de las veces, era la peor de las torturas imaginables, incluso para un ser en su sano juicio. Establecimientos de siniestras condiciones, húmedas y lóbregas celdas, trato inhumano, enfermeros que más parecían brutales celadores, castigos inhumanos al pobre enfermo, comida digna de perros famélicos e incluso, a veces, experimentos indignos y monstruosos por parte de médicos poco escrupulosos, en aquellos desdichados que iban a parar con sus huesos a tales recintos, casi siempre de por vida.

En lo referente a tan horrendas condiciones sanitarias, el establecimiento del doctor Rupert Eider, en Upminster, en las afueras de Londres, en el camino real hacia Southend, no era precisamente ninguna excepción.

Más que eso: el Dartford Assylum, como se le conocía en la comarca, era uno de los más miserables, inhumanos y sórdidos lugares imaginables para encerrar en sus tétricas dependencias a un desgraciado que hubiera perdido la razón. Pero si ese paciente no estaba del todo loco al entrar, y un error médico, bastante frecuente por desgracia en la época, o un complot familiar por intereses, había confinado a una persona mentalmente sana en el recinto, podía afirmarse, sin lugar a error, que en menos de seis meses el desventurado terminaría tan demente como el que más.

Todo ello, ciertamente, al doctor Rupert Eider, director del manicomio pese a que su auténtica especialidad era la anatomía patológica, parecía importarle poco, muy poco, si es que en realidad le importaba algo.

—Para mí, querido doctor Hargood —acostumbraba a decir a su ayudante en la tarea de administrar el asilo para locos de Upminster—, un loco ha dejado de ser un ente humano a todos los efectos. La maravilla del hombre está en su cerebro. En él radican sus sentimientos, emociones, sus cualidades buenas o malas, su intelecto, su alma y su corazón, en suma. Si ese cerebro está enfermo, dañado, ¿de qué nos sirve esa criatura desgraciada? De nada en absoluto. Libre, es un peligro para la sociedad. Encerrado, es un lujo que no se puede permitir ningún gobierno.

—¿Y cuál es, según usted, doctor Eider, la verdadera utilidad que puede tener un loco en este mundo? —se interesó el doctor Hargood en ese punto.

—Ninguna, mi querido colega. Sencillamente, ninguna —sonrió el doctor Eider con aires de suficiencia—. Sencillamente, lo mejor es deshacerse de él.

—¿Matarlo? —Se horrorizó el otro médico, más joven y menos experto que su jefe en el centro sanitario de Upminster—. ¿Eliminarlo como a un animal enfermo?

—Eso sería lo más sensato. Pero ¿por qué no obtener algún provecho médico de él? ¿Por qué no conseguir lo único que ese desdichado puede darnos a la Ciencia y a la investigación, mi querido doctor Hargood?

—Temo no entenderle, doctor...

—Muy sencillo: su cuerpo. Y, tal vez, su mente.

—¿No ha dicho usted que todo eso no vale nada desde que la locura hace mella en él?

—Por supuesto. No vale nada como tal ser humano. Pero como objeto de experimentación sí que existe y tiene valor.

—Empiezo a comprenderle, doctor Eider: cobayas humanos...

—Eso es. Igual que practicamos con conejillos de indias para conseguir sueros, vacunas y tratamientos, ¿por qué no usar seres humanos que carecen de cualquier otra utilidad?

—Pero, doctor, esa gente, aunque demente, tiene sentimientos, puede sufrir...

—Es muy posible —admitió encogiéndose de hombros el director del asilo—. Pero no será superior al sufrimiento de uno de nuestros cobayas, doctor. Carecen de razón, ni siquiera saben ya si son seres humanos propiamente dichos. Imagine qué triunfo para la Ciencia, avanzar hasta infinitos logros, gracias a esa simple carroña viviente, a ese detritus de la sociedad que son los locos...

—Pero haría falta para ello un permiso especial, posiblemente una ley del gobierno, que en modo alguno se daría, ante la reacción popular que tal medida provocaría no sólo en este país, sino en todo el mundo civilizado, doctor Eider. Si existen protectores de animales que ponen el grito en el cielo por diseccionar a un perro o a una rata, ¿qué dirían los demás si fuesen los humanos los sacrificados fríamente en una mesa de laboratorio?

—Mi querido doctor Hargood, es usted terriblemente simple e ingenuo —rió de buena gana el doctor Eider en ese punto—. ¿Quién ha hablado de legislaciones, permisos y debates en la Cámara? Sabemos lo que ocurriría en tal caso. Nuestra sociedad es tan hipócrita que acepta tácitamente, cerrando los ojos a la realidad, que encerremos y torturemos a los locos en mazmorras insanas, porque finge ignorarlo. Pero jamás toleraría oficialmente que ello se hiciese legalmente, de forma oficial y establecida.

—¿Entonces...? —Los ojos del joven doctor Hargood revelaron inquietud, aprensión ante una respuesta que imaginaba antes de recibirla.

Eider le explicó:

—Está bien claro: trabajemos en ello sin informar a nadie, hasta que nuestra tarea de los esperados frutos y nos convirtamos en los científicos del momento con algún hallazgo sensacional.

—¿Quiere decir... quiere decir que podríamos ya experimentar, así sin más, sobre nuestros propios pacientes, sin informar de ello a persona alguna, en secreto?

—Eso es, doctor. Veo que ha captado mi intención.

—Pero eso sería un delito, doctor Eider. Un experimento ilegal, prohibido, que podría costarnos la carrera, el título... e incluso dar con nosotros en la cárcel o... o en la horca —se estremeció Hargood, palideciendo.

De nuevo su jefe se echó a reír burlonamente. Paseó por el despacho de muros empapelados, alto techo artesonado, en el que

una estufa ahuyentaba el frío de aquella lluviosa mañana primaveral en Upminster.

—Sigue siendo usted terriblemente ingenuo, amigo mío. ¿Quién iba a informar de eso al exterior? ¿Quién denunciaría a las autoridades nuestra actividad? ¿Los pobres locos, que permanecen encerrados a nuestra merced hasta el fin de sus días? ¿Usted o yo, que seríamos los investigadores involucrados en el trabajo? Vamos, vamos, no sea necio, Hargood. Podemos darle a nuestro tiempo algo maravilloso, sin necesidad de que nadie sepa cómo lo conseguimos. Y librando al mundo de un montón de parásitos.

—Me da usted miedo, doctor Eider... —musitó Hargood, algo trémulo, sirviéndose una copa de *brandy* de la botella del director del establecimiento, apurándola luego de un trago—. ¿Qué tiene en realidad en su mente?

—Muchas cosas, amigo mío, que podríamos hacer juntos —puso amistosamente una mano en el hombro del joven Hargood. El rostro aparentemente noble y respetable del doctor Rupert Eider reveló una excitación evidente, sus ojos grises brillaron tras los lentes de pinza que se sujetaban a su aguileña nariz, bajo los cabellos canosos y abundantes—. Confío en usted. Es un buen médico, un excelente cirujano y neurólogo. Podemos llegar a la cumbre de nuestra profesión, darle al mundo algo grandioso, sensacional. ¿Por qué no colaboramos en esto? Libraremos a muchos de nuestros inquilinos de una existencia de sufrimientos, dolores y tormentos, para conseguir lo que nadie ha intentado hasta ahora.

—¿Y qué es ello, si puede saberse, doctor? —indagó vivamente Hargood, ahuyentando con alguna dificultad sus últimos escrúpulos.

—La inmortalidad del hombre, amigo mío. Nada menos que eso: lo que se ha soñado como un imposible, desde que el mundo es mundo: el triunfo del hombre sobre la muerte...

—La inmortalidad... de nuevo se estremeció Hargood. Miró a su colega casi con aprensión, como dudando de su propio equilibrio mental. —Dios, eso no es posible...

—Nada es posible hasta que se consigue. Yo estoy a punto de alcanzar el primer paso en ese camino. Un poco más de trabajo... y estará listo, doctor Hargood. Disponemos de treinta y cinco pacientes recluidos en nuestro asilo. Las autoridades sanitarias de Londres me han solicitado la posibilidad de nuevas vacantes. No

costará nada responderles que existen esas vacantes. Pero antes, por supuesto, debemos deshacernos de un puñado de esos infelices. Y nada mejor que hacerlo debidamente: sacando de ellos el mayor beneficio médico posible. Sólo un poco más, y tendré ese secreto de la inmortalidad en mis manos. ¿No quiere ver inscrito su nombre en el gran descubrimiento de todos los tiempos, doctor Hargood?

—Pero... ¿hasta qué punto ha avanzado en sus experimentos para estar tan seguro de algo así? —tartajeó el doctor Hargood.

—Venga conmigo a mi laboratorio y lo sabrá, mi querido amigo —sonrió apaciblemente el director del asilo para locos, invitándole a salir del despacho.

Owen Hargood, neurocirujano del centro hospitalario de Upminster, siguió a su jefe hacia los laboratorios, situados en el sótano del tenebroso recinto, donde se encaró a uno de los horrores más inimaginables de toda su existencia.

2

Los restos humanos flotaban en grandes frascos de formol. Cabezas enteras, seccionadas por el cuello, del que colgaban tendones, jirones de carne, huesos y venas, hendidos por la sierra quirúrgica; manos, piernas, ojos, miembros genitales, corazones que parecían palpar aún sumergidos en el líquido, riñones, pulmones o hígados, así como masas encefálicas, blandas y grisáceas, mostrando su forma de nuez en otros recipientes especiales provistos de una sustancia algo turbia, de color opalescente.

Era un espectáculo horrendo, macabro hasta el límite, el que se ofrecía ante los desorbitados ojos del doctor Hargood, en aquel recinto secreto, situado al fondo de los laboratorios, tras una pesada puerta de hierro de cuya cerradura sólo el doctor Eider poseía las llaves.

—Es... es espantoso, doctor —jadeó demudado el ayudante de Eider.

—Al contrario, colega. Es maravilloso —sentenció absorto su superior, contemplando aquellos horrores flotantes como si fuesen amadas criaturas suyas—. Ahí están expuestas las partes orgánicas vitales en cualquier ser viviente. Por sí solas, nada significan. Son materia que se pudre apenas la vida deja de latir en las venas y arterias del nombre. Pero ¿se imagina lo que sería si todas aquéllas cobrasen vida de nuevo, tras un largo período de inactividad total, de muerte física dada por irreversible clínicamente?

—Ésos... *esos* despojos humanos *no pueden* revivir, imagino —tembló Hargood de pies a cabeza, deteniéndose ante unos senos de mujer, limpiamente cortados, como dos rebanadas sanguinolentas, inmersas en formol. Senos de mujer joven, sin duda, tal vez alguna pobre loca utilizada por el doctor Eider para la alucinante disección y mutilación.

—Claro que no, amigo mío —rió de buena gana el director del

asilo—. ¿Quién ha dicho que ello sea posible? Además, de nada nos serviría tener ahora llenos de vida unos hermosos senos de mujer como los que usted contempla tan absorto, o un cráneo humano separado del tronco. No pretendo instalar un museo de horrores, sino simplemente crear una nueva vida donde antes sólo había muerte. Prolongar la existencia del hombre, o reanudarla cuando ésta terminó de forma definitiva. Esta segunda parte, la que podríamos llamar «resurrección», no está aún a mi alcance, se lo confieso. Aquello que clínicamente está muerto, no puede por ahora volver a la vida.

—¿Entonces...?

—Le hablé de inmortalidad —puso su mano sobre el frasco atroz donde flotaba un cerebro perfectamente conservado, en el que incluso se podía apreciar la existencia de un gran coágulo sanguinolento. Lo señaló con indiferencia—. Esa masa cerebral, amigo mío, perteneció a un pobre diablo llamado Silas Ecker. Era un hombre inteligente, de gran coeficiente mental. Hubiera podido ser un genio. Pero nació loco, era un obseso sexual de imprevisibles reacciones, a causa de ese coágulo en su cerebro. En este establecimiento, dado su buen comportamiento, se ganó mi confianza y le dejé andar con cierta libertad por él. Fue un error. Silas atacó a una paciente, a la que violó repetidas veces, hasta hacerle empeorar de su locura, provocada por cierto por una violación en unas callejuelas del East End. Dado el carácter irreversible de sus obsesiones, le sometí a mi experimentación y así resolví el problema. Descubrí, gracias a unos ensayos en su cuerpo, antes de la disección, que era posible dar el primer gran paso. Probé en él un suero. Y resultó en parte.

—¿Qué clase de suero? —indagó Hargood, cuya mente albergaba la tremenda sospecha de que si aquel desdichado de Silas Ecker quedó libre y tuvo acceso hasta una paciente, loca por causa de una violación, fue todo premeditadamente dispuesto por el director del establecimiento para estudiar la conducta humana de un enfermo como Ecker.

—Ése, amigo mío —señaló triunfalmente un frasco situado en un estado aislado.

Hargood contempló el recipiente. Debía de contener cosa de una pinta de sustancia densa, color verde oscuro, con un fondo de posos

gelatinosos. Había una etiqueta sobre el vidrio, que no le fue posible leer a la luz de los mecheros de gas de los húmedos, chorreantes muros del laboratorio subterráneo.

—¿Qué es, exactamente? —quiso saber—. ¿Para qué sirve el suero?

—Para dar la inmortalidad al hombre —sentenció Eider con voz ronca—. Ni más ni menos que eso. ¿Quiere una prueba evidente de lo que digo?

—Por supuesto, doctor —tembló la voz de Hargood.

—Entonces, esta noche le espero en este laboratorio. A las once, cuando ya duerma todo el personal, excepto el enfermero de turno de noche. Es Blackie, alguien de toda mi confianza.

—¿Ese enfermero deforme, de rostro desfigurado, con un ojo de vidrio? —recordó desagradablemente el joven ayudante de Eider.

—El mismo. Blackie es terriblemente feo, siniestro diría yo. Pero tremendamente fiel y discreto. Podemos confiar en él. ¿Le espero aquí, doctor?

—Por supuesto —afirmó Hargood—. Vendré.

—De todos modos, tenga preparado su estómago —le avisó risueño su jefe—. Va a ser algo que sin duda alguna le impresionará, amigo mío...

Al oír esas palabras, el doctor Owen Hargood dirigió una aprensiva mirada en torno suyo, a las horribles muestras que el doctor Eider poseía en aquel recinto de espantos médicos, imaginando qué nuevo plato fuerte insinuarían las palabras de advertencia de su colega. Pero la curiosidad profesional era demasiado grande para que pudiera responder otra cosa que la que asomó a sus labios un instante después:

—Lo tendré en cuenta, doctor. Y no faltaré, se lo aseguro.

Lo cierto es que el doctor Hargood sí tuvo que faltar a su cita de aquella noche por una razón del todo imprevisible.

Esa razón consistió en un mensaje recibido en el asilo mental de Upminster al caer la tarde. Un mensaje que decía escuetamente:

«Doctor Hargood: emprenda inmediato viaje a Londres. Su padre ha sido arrestado por la Policía bajo la acusación de asesinato.

»Su amigo: Paul Archard».

Paul Archard era el abogado de la familia Hargood. El joven Owen Hargood partió a toda prisa hacia Londres para saber qué increíble suceso había involucrado a su padre nada menos que en una acusación de asesinato.

En las siguientes semanas, el doctor Hargood no volvió por el asilo del doctor Eider. Estuvo demasiado ocupado tramitando asuntos familiares y ocupándose de que la defensa de su padre fuese lo más sólida posible.

Los cargos contra Dudley Hargood eran muy serios: violación y asesinato de dos mujeres, Alice y Sue Paxton, hermanas ambas, costureras residentes en Spitalfields. Se comprobó que una de las costureras, antes de ser violada y muerta, logró herir a su agresor con unas tijeras de costura, tintas en sangre. Aunque herido de un corte que no supo explicar, el padre del doctor juró y perjuró que era inocente, que él no sabía nada de las muchachas violadas, aunque admitió conocerlas y haber pasado por su casa para encargarles un vestido para una amiguita suya.

Las pruebas fueron contundentes para la justicia. Se le condenó a muerte, tras fracasar el abogado Archard en disponer un dictamen médico de demencia transitoria para salvar a su cliente de la horca.

Ni el abogado ni los esfuerzos del joven doctor Hargood sirvieron de gran cosa. Solamente dos semanas después de la sentencia condenatoria, el respetable caballero Dudley Hargood subía los peldaños fatídicos del patíbulo de Newgate, siendo ahorcando por el delito del que hasta el final juró ser inocente.

Tras esos trágicos sucesos, el joven doctor Hargood se presentó días después, de regreso en el asilo mental de Upminster, vestido enteramente de luto, pálido y sombrío.

—Estoy dispuesto, doctor Eider —dijo gravemente, con ojos que ardían febriles en el fondo de unas violáceas ojeras—. ¿Sigue con sus experimentos?

—Desde luego, amigo mío —asintió Eider estrechando su mano con calor—. Y he hecho nuevos progresos que le gustará conocer. ¿Viene dispuesto a trabajar?

—Vengo dispuesto a olvidar. El trabajo es lo único que puede ayudarme en estos momentos a superar el trance.

—Lo comprendo. Venga conmigo. Empezaremos de inmediato. Trataré de ayudarle a olvidar esos espantosos sucesos que han

ensombrecido su vida, querido colega...

Así fue. En las semanas siguientes, Owen Hargood trabajó intensamente a las órdenes del doctor Eider, tanto en las cotidianas tareas del manicomio, como en los trabajos nocturnos y secretos en el subterráneo, entre alambiques, tubos de ensayo, retortas, mecheros de Hansen y toda clase de útiles de química. Pero también con el serrucho y el bisturí, diseccionando fría, despiadadamente, a seres que poco antes estaban llenos de vida en sus lóbregas celdas del asilo.

Por las manos implacables del joven Hargood, repentinamente endurecido por la pérdida paterna, pasaron hombres y mujeres, jóvenes o maduros, ensangrentando con sus vísceras y órganos las manos del cirujano, bajo la aprobadora mirada del doctor Eider.

Todos ellos fueron diseccionados y mutilados en vivo. Sus terribles alaridos, sus espasmos y sacudidas, sujetos fuertemente a la mesa de operaciones con gruesas correas, sólo podían ser oídos por el enfermero Blackie, el siniestro y deforme empleado de Eider, situado cerca del portón del laboratorio. Pero él no revelaría a nadie esa labor secreta que, por el contrario, arrancaba sonrisas morbosas a su monstruosa faz, haciendo destellar su único ojo sano, junto a la fiyeza vidriosa del otro.

El rostro de Eider reflejaba cierta admiración hacia su pupilo, repentinamente convertido en el más impávido y cruel de los hombres. El dolor, el sufrimiento de aquellos enfermos que morían en sus manos, descuartizados en medio de oleadas de sangre, gritos espeluznantes y horrendas agonías, parecía afectar de modo nulo al mismo hombre que, sólo unos meses antes, se compadecía con horror de aquellas mismas torturas.

—Dígame, doctor Hargood, ¿qué le ha hecho cambiar tanto en tan poco tiempo? —quiso saber un día el doctor Eider, mientras almorzaban ambos en el despacho del director del asilo.

—El odio. La rabia. La impotencia —fue la respuesta del joven cirujano—. La convicción de que mi padre era inocente y fue sacrificado por la sociedad estando lleno de vida y de salud. Él no era un loco, ni siquiera un enfermo. Ellos lo sacrificaron con más ferocidad de la que nosotros empleamos en nuestra labor con esos desgraciados inútiles.

—Ya entiendo —suspiró el doctor Eider, asintiendo—. ¿Hay algo

en este mundo que pueda darle satisfacción, algo que pudiese arrancar de usted ese odio, ese sufrimiento de impotencia y dolor?

—Sí lo hay. La venganza.

—¿La venganza? ¿En quién?

—En todos. En ese juez que sentenció a morir a mi padre, en ese fiscal que le acusó implacablemente, en ese maldito policía que le arrestó y facilitó las pruebas circunstanciales... En la sociedad, en suma, que ha asesinado a sangre fría a un inocente, doctor.

—Bien. ¿Qué diría si yo le anunciara que tal vez pueda un día vengarse fría y deliberadamente de todos cuantos le han causado tanto daño, amigo mío? —preguntó suavemente el doctor Eider, sirviendo vino tinto, rojo como la sangre de sus pacientes descuartizados en el laboratorio de allá abajo, en las copas de fino cristal tallado.

Los ojos ardorosos de Hargood buscaron la fría, suave mirada de su interlocutor al otro lado de la mesa.

—Diría que a cambio de eso, soy suyo en cuerpo y alma —suspiró.

—No hace falta tanto, amigo mío —rió Eider, agitando una mano suave, aristocrática, que difícilmente se imaginaría nadie capaz de cortar con tanta frialdad la carne humana viva sobre una mesa de operaciones bañada en sangre. Bebió un sorbo del buen vino, chascó la lengua y añadió con tono afable—: Voy a facilitarle esa venganza... pero a largo plazo. Un día, doctor Hargood, será usted feliz porque verá sufrir a los que le han hecho padecer ahora. Y nadie podrá culpar a su persona de nada.

—¿Cómo podría hacer tal cosa? —dudó el médico con tono escéptico.

—Eso pronto lo sabrá, amigo mío. De momento, le bastará con conocer algo que he querido reservarle para hoy: mi suero se ha perfeccionado últimamente de forma notable, gracias a su inapreciable ayuda. Ahora le afirmo que podemos detener el proceso necrobiótico de un ser humano por un determinado espacio de tiempo. Es el primer gran paso en el camino hacia la inmortalidad. Al tiempo que yo alcanzo la meta de mis experimentos, usted podrá tener cumplida venganza un día.

—¿Cómo, doctor Eider, *cómo*? —demandó angustiadamente el joven, apretando entre sus dedos cuchillo y tenedor hasta

blanquearse sus nudillos.

—Eso, amigo mío, lo verá esta misma noche. Ahora, le diré que vamos a crear a una especie de verdugos a largo plazo. Deberá tener paciencia para su venganza, eso sí. Transcurrirán años antes de que pueda llevarla a efecto. Pero ese día llegará, para satisfacción suya, doctor Hargood. Confié en mí.

—Lo hago, doctor —afirmó el joven neurocirujano con energía—. Y esperaré esa fecha con impaciencia. Pero serenamente. Aunque transcurran veinte años hasta entonces.

Y atacó con rabia su filete rodeado de verduras, hincando cuchillo y tenedor en la carne roja, que sangró como si fuese un despojo más de aquellos siniestros experimentos con criaturas humanas llenas de vida.

3

El juez Nigel Sangster contempló a su pequeña hija en la cuna con amorosa sonrisa. Luego, volvió la cabeza hacia su esposa, que hacía labor ante el fuego de la chimenea.

—Zeena es cada día más adorable —comentó con orgullo paterno.

—Claro que lo es —sonrió la señora Sangster apaciblemente—. ¿Tiene a quién parecerse, no crees?

—Muchas gracias, querida. Siempre me dijeron que soy un tipo guapo, pero no tanto.

—No seas tonto, sabes que no es por ti —rió ella, mientras su marido se atusaba cómicamente su bigote de altas guías—. Antes de ser tu esposa, querido, decían que era la muchacha más bonita de mi barrio.

—Y sigues siéndolo —el magistrado fue hacia ella y besó sus mejillas tiernamente, sentándose luego frente a ella y desplegando el *Times* sobre sus rodillas—. La verdad es que Zeena ha sacado tu propio encanto: tus ojos azules, tu pelo dorado, tu figura esbelta y llena de distinción...

—Ya basta, ya basta —interrumpió ella, divertida, aunque gozosa en el fondo—. Vas a acabar haciéndomelo creer, Nigel. Tú tampoco estás nada mal.

—No sería por ese dibujo del *Illustrated Police News* [1] —gruñó el juez arrugando el ceño—. ¿Lo recuerdas? Parecía un verdadero monstruo, enviando a aquel desdichado de Dudley Hargood al cadalso.

—Ésas son las cosas que les gustan a los lectores de ese periodicucho —se quejó ella amargamente—. Ya sabes cómo son: deformar las cosas, dar carnaza a la chusma, querido. No debes pensar de nuevo en el caso Hargood, después de todo.

—No puedo evitarlo —se expresó el magistrado con pesar—.

Siempre me ha quedado la duda sobre la justicia de mi decisión. Pero el jurado le halló culpable. El fiscal, mi buen amigo Sean Finch, estuvo muy eficaz presentando el caso. Creo que en ocasiones se ensañó con el acusado, tal vez recordando que su madre había sido también una modesta costurera, como las pobres víctimas de Spitalfields. Aunque la verdad es que tampoco Paul Archard, el abogado de Hargood, estuvo demasiado brillante defendiendo a su cliente.

—Nigel, tú no tienes culpa de nada, no te atormentes —insistió su esposa, dejando la labor y yendo a arrodillarse sobre la alfombra, apoyando su cabeza en las rodillas de su marido—. Sólo te limitaste a dictar la sentencia que la culpabilidad del reo, sentenciado por el jurado previamente, te obligaba a formular.

—Lo sé, pero a veces uno tiene la desagradable sensación de que no siempre es justo en sus decisiones. Y son vidas humanas las que están en juego, querida.

—Lo sé muy bien. La tuya es una labor muy responsable. Siempre eres justo. O casi siempre. Eres un ser humano, sin embargo. El error es posible. No sólo sería tuyo, sino también del jurado, de la opinión pública...

Le besó tiernamente. El juez Sangster acarició los cabellos de su esposa, todavía rubios, aunque con algunas leves canas salpicando la amada cabeza. Apretó contra sí a su esposa.

—Gracias —musitó—. Tus palabras me tranquilizan un poco. Ahora, hablemos de Zeena, ¿quieres? ¿Crees que se casará con un aristócrata cuando sea una bella jovencita que traiga en jaque a todos los solteros de Londres? ¿O será acaso con un millonario?

—Yo seré feliz si se casa con alguien a quien ame y que la corresponda, aunque no tenga una guinea —sonrió la madre felizmente—. Mi Zeena debe ser dichosa ante todo, como lo fui yo casándome con un abogado que se creía mediocre y ahora es juez de la Corona...

El inspector Dennis Prowse, de Scotland Yard, oprimió con fuerza el hombro de su hijo, el pequeño Clifford. Una sonrisa de orgullo apareció en el sano, rubicundo rostro del policía.

—Serás policía como tu padre —sentenció con firmeza—. Estoy

seguro de ello, hijo mío.

—Claro, papá —afirmó el pequeño—. Y detendré a todos los ladrones y asesinos de Londres.

—Bueno, a todos, todos, me temo que no —sonrió benignamente el inspector, acariciándose pensativo la barbilla—. Hay demasiados en ésta picara ciudad, Cliff. Además, no todos los ladrones roban por vicio, sino que algunos lo hacen por hambre, aunque estamos obligados a arrestar a unos y a otros. Imagino que el día en que la gente tenga un pedazo de pan que llevarse a la boca y un hogar decente donde vivir, el delito será mucho menor que hoy en día. Pero me temo que ni tú ni yo conoceremos tan bonito mundo, muchacho. Los peores son siempre los caballeros, la gente de apariencia respetable. A éstos es más difícil echarles el guante, y mucho más aún que paguen su delito. Ha ocurrido así desde que el mundo es mundo.

—Pues yo detendré a todos, papá —aseguró el niño con arrogancia—. Sean ricos o pobres, los que hagan daño serán arrestados. Como hiciste con aquel caballero, el que salió tanto en los periódicos, papá...

—Oh, basta. No hables de eso —el inspector Prowse se apartó, ensombrecido el gesto—. Sin duda te refieres a Dudley Hargood, ¿verdad?

—Sí, papá, creo que se llamaba así. Era un hombre rico, ¿no?

—Bastante rico, sí. Y respetable. Tenía un hijo médico... Yo le arresté. Yo recogí las pruebas para la acusación. Era mi deber. Pero nunca estuve seguro de que fuese él quien mató a las costureras, la verdad. Durante el juicio, tuve tantas dudas...

—¿Entonces por qué lo condenaron?

—Porque todos le dieron por culpable de antemano, estoy seguro. Y Finch, el fiscal, es hombre duro, implacable. Ganó de calle al defensor. Convenció al jurado. Ser fiscal es una mala cosa a veces. Me pregunto si él mismo creyó en la culpa del reo...

Y su mirada se perdió en el vacío, mientras su hijo Cliff seguía pronosticando para su futuro auténticas hazañas policiales.

Sean Finch meneó la cabeza con desaliento.

—Me siento bastante mal, querida —confesó—. Creo que el

médico tuvo razón.

Ella se mordió el labio. Miró alarmada a su marido, el brillante fiscal de la Corona, triunfador en cien casos difíciles ante los tribunales de Old Bailey.

—No, Sean, no seas pesimista. El doctor no dijo que empeorarías...

—Lo dio a entender. Y el empeoramiento es significativo: es el final.

—¡Dios mío! —rechazó Sara Finch con angustia, llevándose una mano a la boca para dominar un sollozo—. No hables así, cariño. No puede ser tan grave...

—Yo sé que lo es. Sabía que cuando me operaron todo iría bien por un tiempo. Pero en cuanto volvieran los dolores, la cosa estaría clara: si el tumor se reproducía, las posibilidades de sobrevivir eran mínimas. Pues bien: ya se ha presentado. Se reprodujo el dolor, los síntomas son los mismos. Debes prepararte para todo, cariño. Y preparar a Kate. Ella ya es lo bastante mayor para afrontar esta situación. No debes ocultarle nada. Después de todo, le quedas tú. Es cuanto necesita en la vida.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Sarah Finch. El rictus de dolor en el rostro de su marido era claro, elocuente.

Ella no quería admitir la verdad, pero recordó las palabras del doctor Styles: si los síntomas volvían, era lo peor que podía suceder.

—Oh, Sean, Sean... —se lamentó Sarah con profunda amargura—. No puede ser tan malo, es posible que te equivoques, que sólo sea un dolor pasajero, una simple secuela de aquello...

—No, bien sabes que no —sonrió tristemente el fiscal—. Llama al doctor Styles, de todos modos. Yo me iré a la cama. Avisa a mi ayudante. No podré estar mañana en el juicio que se celebrará en Old Bailey. Lo siento... Creo que ahora el reo soy yo. Ni el fiscal ni el juez que me esperan allá arriba serán misericordiosos conmigo si yo no lo fui con los demás... Especialmente con un hombre llamado Dudley Hargood... Su fantasma siempre me persigue. ¿Hice bien en acusarle, era culpable realmente? ¿Acusé quizás hasta llevar al patíbulo a un inocente?

—Oh, Sean, por el amor de Dios, no pienses ahora en eso —suplicó su esposa con tono patético.

—No lo sé, Sarah. A veces lo dudo. Mira, esto lo recibí hace

unos días. No quise que lo vieras. Ahora, eso tiene ya poca importancia...

Le tendió un papel doblado que extrajo de su bata. La esposa lo tomó, pudiendo leer las pocas líneas escritas con caligrafía pulcra y cuidada sobre buen papel, a través de las lágrimas cuajadas en sus ojos:

—«Señor Finch, soy el hijo del hombre a quién usted envió al patíbulo. Creo que algún día reconocerá su error y, por tanto, su horrible crimen en un inocente. Pero entonces será tarde. La venganza, la auténtica justicia acaso, se habrá cebado en usted y en los suyos, no lo dude. Su afectísimo: Owen Hargood, doctor en Medicina».

—Debiste enseñarme esta carta, Sean. Es amenazadora, ofensiva...

—No vale la pena —sonrió con tristeza el fiscal—. Ya no puede hacerme nada ese hombre, el hijo de Hargood. Pero cuida de Kate. Cuida de ti. No quiero que nadie te haga daño cuando yo falte...

Ella sollozó, sin poderlo remediar, abrazándose patética a su marido. La carta cayó de sus manos, flotando sobre la alfombra. Sólo años más tarde, mucho más tarde, la que para entonces sería viuda de Sean Finch, fiscal de la Corona, recordaría aquella velada amenaza contenida en unas breves líneas de texto.

Y ello ocurriría cuando el horror más inconcebible de todos se abatiera sobre ciertas personas de Londres, en un baño de sangre y de muerte que estremecería a toda la ciudad.

Ello sucedería muchos años más tarde... cuando el proyecto asesino de unas mentes enloquecidas, al servicio de una ciencia despiadada e inhumana, liberase a las más espantosas criaturas del terror para desatar aquel ramalazo de espanto y de odio.

Para ello faltaban aún veinte largos años.

Pero el horror se estaba incubando ya, sin ellos mismos saberlo ni sospecharlo siquiera, a muy pocas millas del Londres urbano, entre los tétricos muros sombríos de un caserón aislado en la campiña, un tenebroso asilo para locos situado en las cercanías de Upminster...

—Ya está todo a punto —dijo sordamente el doctor Rupert

Eider.

Owen Hargood, médico neurocirujano, asintió, contemplando a su jefe en la maniobra de llenar las jeringuillas hipodérmicas con la sustancia verde oscura, a la que acababa de añadir otro líquido blanquecino, muy parecido a la coloración que adquiere el aguardiente en su combinación con el agua.

La mezcla, previamente agitada, esperaba en los pequeños cilindros de vidrio el momento de ser inyectada en las cinco criaturas tendidas sobre sendas mesas de operaciones, fuertemente sujetas por anchas correas de cuero.

Los rostros de los desdichados eran auténticas máscaras de dolor y de miedo. Su locura no les impedía advertir que iban a ser sujetos de algún horrible experimento entre los muros rezumantes de humedad de aquel sótano lóbrego, repleto de artulugios químicos. Dos mujeres y tres hombres, todos ellos de una edad comprendida entre los veinticinco y treinta y cinco años, esperaban el momento de sufrir la experiencia temida. Las luces de gas en las paredes alumbraban con tétrico resplandor la escena.

—¿Cree que resultará? —La duda aparecía latente en la voz de Hargood.

—Tiene que resultar, Owen —habló el director del asilo con voz grave—. Hemos logrado al fin la sustancia conservante. Bastará inyectarla en la arteria femoral de cada uno de ellos. Luego, esperaremos los efectos durante no más de unos veinte minutos. Si todo sale bien, las consecuencias no se harán esperar.

Hargood asintió, contemplando los cinco cuerpos desnudos. Especialmente, examinó las cicatrices recientes que aparecían en las sienes y tras las orejas de sus cinco cobayas humanos.

—¿Recordarán todos ellos cuando despierten, doctor? —preguntó, preocupado.

—Recordarán —afirmó rotundo Eider—. Hemos intervenido quirúrgicamente sus cerebros en la forma adecuada, tras inculcarles mediante hipnosis continua todo cuanto deben hacer en el futuro. Ese recuerdo está alojado en su memoria, impreso en sus mentes y fijado mediante la operación en sus neuronas. Cuando vuelvan en sí, sólo tendrán una idea fija en sus pobres cerebros: la que tú y yo les hemos inculcado, Owen.

—Ojalá sea así, doctor Eider. Espero que el período de

inconsciencia no sea demasiado prolongado...

—Claro qué no —rió suavemente Eider—. El segundo suero se encargará de ello, si no despiertan por sí mismos. Aunque estamos hablando erróneamente del caso, usando conceptos falsos. Ambos sabemos que no va a ser *inconsciencia* lo que se apoderará de ellos cinco. Sabemos que no será una vuelta al conocimiento, sino una auténtica *resurrección*... porque todos ellos estarán *muertos* cuando la sustancia actúe en sus tejidos y en su sangre.

Los alaridos de los cautivos revelaron claramente que su locura no les impedía enterarse de cuanto se hablaba cerca de ellos. Sus clamores de protesta y angustia, sin embargo, no iban a resolver nada. Nadie les oía salvo Blackie allá fuera y los dos cirujanos dentro del laboratorio. Los espesos muros de piedra del asilo eran suficientes para ahogar todo sonido, por agudo que fuese.

Se inclinó con la primera jeringuilla en su mano, buscando la femoral de una de las desnudas mujeres entre sus muslos fuertes y sanos. La víctima chilló, debatiéndose en vano.

La aguja hipodérmica penetró profundamente en su femoral. Comenzó a expulsar líquido en la arteria femenina, mientras los muslos temblaban de miedo y de dolor. La aguja era grande y prolongada, desgarraba fácilmente la carne. Pero el doctor Eider desconocía la piedad con sus pacientes.

Vació la dosis en la femoral. Se apartó, contemplando satisfecho a la mujer, cuyas formas opulentas parecían no decirle nada. Era un hombre frío, que contemplaba los cuerpos humanos de los internos del asilo como quien ve simples animales irracionales. Ninguna de aquellas pobres locas, por hermosa que fuese su figura, aun tratándose de una ninfómana como la que acababa de recibir la dosis del suero misterioso, podía despertar su libido en absoluto.

Pasaron a la siguiente víctima, un hombre atlético, joven y vigoroso, cuyos esfuerzos por librarse hacían crujir las correas de fuerte cuero que le retenían sujeto a la mesa. Inyectarle fue más difícil, pero Eider lo logró, causando algunos desgarros en la epidermis del desdichado, antes de poder incrustar a fondo la aguja en la arteria, para proyectar el suero en su sangre.

Así, uno a uno, fueron cayendo los cinco cobayas en el experimento decisivo del médico. Hargood, conteniendo el aliento, contemplaba a su jefe con devoción religiosa, sabiendo cuánto

estaba en juego en ese momento bajo las altas bóvedas del lúgubre laboratorio.

—Y ahora... —murmuró, al terminar las inyecciones, contemplando a los cinco sujetos, que se debatían, emitiendo gritos sin cesar, entre sus fuertes ligaduras.

—Ahora, a esperar, Owen —sonrió Eider, imperturbable, limpiándose de sangre las manos y señalando el reloj mural del laboratorio—. Serán pocos minutos. Al final, tendremos la respuesta.

Hargood tragó saliva. Se frotó las manos, nervioso, paseando por el subterráneo. La mujer inyectada en primer lugar comenzaba a dar señales de sopor, se iba quedando más quieta, más callada, de forma paulatina. Hargood tocó sus pechos opulentos. Dominó un estremecimiento de placer insano, retirándose de la hembra a quién hubiera deseado poseer en ese momento.

—Está fría —dijo roncamemente—. *Muy* fría, doctor.

—Perfecto —rió Eider con un brillo fanático en sus ojos—. Es buena señal. Empieza la necrosis.

—Morirá, entonces...

—Morirá en breve —asintió Eider—. Clínicamente, estarán todos muertos en veinte minutos. Y así seguirán durante años, hasta que les inyecte el suero adecuado. Pero en modo alguno se descompondrán, Owen. Simplemente, se *momificarán*. Se conservarán indefinidamente, en estado de desecación absoluta. Sólo que el proceso necrobiótico estará detenido. Y apenas se les trate con el suero adecuado, las señales de momificación dejarán de aparecer, se extinguirán. Ellos volverán a la vida, no importa el tiempo que lleven aparentemente muertos. Los embalsamados aparentes serán los mismos de ahora. Y eso será sólo el principio. Podremos suspender la vida humana para reanudarla a voluntad. Los hombres notables podrán dejar de existir en una cierta época de sus vidas, para permanecer embalsamados hasta el futuro. Cuando despierten, conocerán una nueva era, podrán narrar personalmente sus experiencias en el pasado... y adaptar su cerebro brillante a los nuevos tiempos que conozcan. Será el primer paso en la victoria sobre la muerte. Pero, naturalmente, estos desgraciados dementes no van a hacer nada notable con sus míseras e inútiles vidas, despierten cuando despierten. Sólo habrán sido nuestros conejillos

de indias, el experimento inicial... también un experimento de terror y de muerte para algunos. Serán la venganza. *Tu* venganza sobre los seres que odias, Owen, amigo mío.

—Sí... —musitó Owen Hargood con ojos brillantes de odio—. Mi venganza... Pero ¿cuándo, doctor, cuándo?

—Espera y confía. Dejemos que el experimento tenga éxito. Entonces, cuando ellos inicien su venganza, tú te sentirás satisfecho. Y yo también, porque ello significará no sólo que los embalsamados volvieron a la vida a voluntad mía, sino que asimismo, son capaces de recordar, de pensar... de actuar como nosotros hemos dispuesto en sus mentes enfermas... Será no sólo un triunfo total sobre la muerte, sino también sobre el propio cerebro humano, mi querido amigo. ¡La mayor conquista en toda la historia de la Medicina de todos los tiempos!

Los ojos de Eider eran dos focos de orgullo, de arrogancia, de fanático júbilo. Mientras tanto, los cinco cobayas humanos cedían en sus gritos y movimientos, iban quedándose fríos, rígidos, con sus ojos desorbitados por el miedo. La sangre que corría por sus cuerpos se helaba por momentos. Sus tejidos y órganos se paralizaban inicialmente, para después comenzar a secarse en un rápido proceso de momificación.

Media hora más tarde, el horror planeaba sobre un laboratorio extrañamente silencioso, en el que los dos científicos mantenían su mirada fija en los cinco seres tendidos ante ellos.

Cinco seres horriblemente desfigurados ahora, con la piel reseca, rugosa, en torno a sus ojos saltones y en todo el cuerpo, que se iba tomando flaco, deshidratado por completo. La piel era ya en los cinco casos la de unas auténticas momias. Las manos, sarmentosas y huesudas, parecían garras crispadas en un último espasmo de agonía suprema. Los ojos desorbitados reflejaban todo el terror y la angustia del mundo.

—Lo logramos, querido Owen —clamó triunfalmente Rupert Eider, alzando sus brazos hacia lo alto—. ¡Lo logramos! Seré algo más que un científico en un futuro próximo. ¡Seré un nuevo dios, capaz de dar la vida o la muerte a los seres humanos!

—Pero... pero aunque ahora se les ve disecados... muertos... ¿viven, realmente? —dudó todavía Hargood, muy pálido, mordiéndose el labio.

—Viven, sí —asintió Eider, tras un examen minucioso de los cuerpos momificados—. Pero nadie podría decirlo. Pueden pasar cualquier examen médico, por profundo que sea. Sólo yo sé que viven. Y perderán su aspecto de momias cuando reciban el segundo suero en su sangre, volviendo a la vida con toda normalidad... ¡para demostrar al mundo la grandeza de mi hallazgo! Pero también para vengarte a ti, mi bueno y fiel amigo...

—¿Permanecerán aquí todo el tiempo, a la espera del día de su resurrección?

—No, amigo mío. Sería demasiado riesgo. En cualquier momento puede haber la visita de un inspector sanitario y descubrirse todo. Sé de un sitio donde ocultarlos. Y de alguien que cuide de ellos: Blackie. Eso será suficiente. Allí, bien escondidos, aguardarán durante un tiempo, unos pocos años tan solo, a que el nuevo suero esté perfeccionado y podamos llevar a cabo la segunda parte de nuestro plan...

Hargood asintió, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Bien, yo me retiro ya a descansar, doctor. Hoy me siento fatigado...

—Con toda la razón del mundo. Son casi las cinco de la mañana y ha sido un día muy intenso de trabajo. Ve a dormir. Mañana hablaremos con más calma de todo esto...

Pero no hubo una mañana para el doctor Rupert Eider. Al menos, no el mañana que él esperaba.

Owen Hargood despertó cuando amanecía ya, sobresaltado por los gritos de terror y el revuelo que parecía dominar todo el asilo.

Tardó en apartar el sueño de sí y salir al pasillo. Entonces descubrió el denso humo y vio huir a los enfermeros alocadamente.

Detuvo a uno de ellos, que se debatió frenético entre sus manos.

—¿Qué diablos es lo que ocurre aquí? —bramó Hargood.

—¡Fuego, señor! —gimió el enfermero en el paroxismo del miedo—. Un loco escapó, el incendiario de la celda número once... Prendió fuego a los muebles con un quinqué. Las llamas se han propagado rápidamente, los locos están quemándose vivos en sus mazmorras. Debemos salir todos antes de que este viejo caserón sea una hoguera...

—¿Y el doctor Eider? —preguntó Owen desesperado—. ¿Dónde está él?

—Lo ignoro, señor. No lo he visto por parte alguna... —jadeó el enfermero.

Hargood soltó al empleado, que pronto desapareció de su vista, como si tuviera alas en sus pies. El joven cirujano recorrió todo el recinto dominado por las llamas, sin dar con el menor rastro de Eider o de su fiel Blackie. Intentó bajar al laboratorio, pero eso era ya imposible. Las llamas lo invadían todo y se escuchaban explosiones profundas en el subsuelo, sin duda al inflamarse los líquidos y sustancias allí almacenados.

Con horror, comprendió que toda la obra científica del doctor Eider iba a perecer allí, en aquel estúpido fuego, sin dejar el menor rastro. Se preguntó, desesperado, si también las cinco momias se abrasarían en aquel holocausto de fuego.

Tuvo que abandonar el asilo en medio del caos total, salir a la campiña, donde los vecinos formaban corros, contemplando casi con alivio el fuego que envolvía al viejo y siniestro caserón dedicado a morada de locos.

En poco tiempo, las llamas hicieron su tarea. Ennegrecidos muros, techos derruidos, una densa nube negra elevándose al cielo nuboso y triste, era todo lo que quedaba una hora más tarde del odiado Dartford Assylum del doctor Eider. Dentro de sus muros humeantes habían encontrado la muerte, una muerte atroz por el fuego, pero piadosa al lado de su suerte como pacientes del doctor Eider, toda una serie de desdichados seres cuya única culpa era la de haberse vuelto locos.

—El fuego purifica —dijo un vecino del lugar, no lejos del doctor Hargood, que contemplaba desolado el lugar que fuera su centro de trabajo—. Esperemos que sea así y nunca más vuelvan a levantar ahí otro manicomio para tortura de los pobres enfermos...

Hargood no dijo nada. Se limitó a inclinar la cabeza, confuso todavía.

Era posible, pensó, que aquel fuego hubiese sido realmente una purificación de muchas maldades. Incluso de la suya propia tal vez...

Pero lo cierto es que en esta ocasión, aunque se diga que el fuego purifica, de aquel incendio devastador no sólo iba a surgir el olvido de tan siniestro establecimiento, sino la semilla de un futuro horror, de una maldición que aquellas llamas ocultaban

celosamente ahora.

Tal vez muchos demonios se habían calcinado con aquellas llamas. Pero otros aún más escalofriantes estaban por surgir en el futuro, para azote de un mundo despavorido.

SEGUNDA PARTE

Londres, 1871

1

—... Y me complace anunciarles a todos, la próxima boda de mi hijo Cliff con la señorita Zeena Sangster.

Una serie de aplausos y exclamaciones jubilosas acogió las palabras emocionadas del veterano policía.

—Bueno, bueno —les contuvo sonriente el alto y arrogante joven situado junto al que acababa de hablar, alzando sus brazos en demanda de silencio—. Creo que ahora soy yo quien debe decir algo, ¿no os parece?

—¡Claro, claro! —Asintieron varias voces.

—¡Que hable el novio! —añadió otra.

Clifford Prowse, hijo del superintendente de Scotland Yard Dennis Prowse, a punto de jubilarse, volvió a sonreír, reclamando silencio a todos los presentes.

—Bien, amigos —comenzó—. Os agradezco vuestra presencia aquí con motivo de este pequeño festejo familiar y amistoso en el que mi padre ha anunciado mi boda con Zeena. Ella y yo no podemos hacer otra cosa que daros las gracias de todo corazón. Porque nada puede ser más grato ni entrañable para unas personas que van a unir sus vidas en breve, que verse rodeados de sus seres más queridos, familiares o amigos, y saber que cuentan con su afecto y presencia en todo momento. Ahora, dejemos las palabras altisonantes a un lado, y... ¡gracias a todos, amigos míos! Bebamos y pasemos un buen rato, que es de lo que se trata.

Nuevos aplausos acogieron el jovial discurso del muchacho, que luego se volvió a su acompañante, sonriéndole con dulzura. Ella lo hizo a su vez, abrazándose a él. Se besaron entre los comentarios divertidos y las risas de los presentes. Dos personas se separaron del grupo de invitados, yendo a abrazar a ambos con expresión emocionada.

—Mis felicidades anticipadas, hijos míos —dijo cálidamente el

juez Nigel Sangster, magistrado del Tribunal Supremo de la Corona desde hacía años, tendiendo luego su mano abierta a Cliff—. Os deseo todo lo mejor.

—Tu padre deseó un día que te casaras con el hombre más rico o más noble de este país —habló la señora Sangster tiernamente, oprimiendo con cariño las manos de su hija Zeena—. Yo le dije entonces que prefería verla feliz con un hombre digno, aunque no tuviera una sola guinea. No es que Cliff Prowse sea precisamente eso, porque es hijo del superintendente Prowse, un brillante funcionario de nuestra Policía, y él mismo ocupa el cargo de inspector de Scotland Yard, con una breve pero próspera carrera al servicio de la Ley, pero lo que más aprecio de tu futuro marido, querida mía, es precisamente su nobleza de carácter, su dignidad, su hombría... y, como mujer, ¿por qué no decirlo?, también lo guapo y atractivo que resulta —terminó riendo, risa que fue coreada por el juez y por Zeena, mientras Cliff casi enrojecía ante el elogio.

Abrazó y besó la futura suegra al joven policía, que parecía conmovido ante tantas muestras de afecto. El superintendente Prowse también se aproximó, abrazando al magistrado y su esposa cordialmente. Luego, miró con emoción a su propio hijo.

—Un día te dije que esperaba verte convertido en un policía tan bueno como tu padre —habló el superintendente—. Ahora debo añadir que serás, sin duda alguna, mucho mejor agente de la autoridad que quien te dice esto, muchacho.

—Lo dudo mucho, papá —sonrió Cliff—. Me conformo con llegar a ser la mitad de bueno de lo que tú has sido.

Su padre respondió:

—Mi retiro está cercano ya. Me siento orgulloso de cuánto hice, de algunas cosas más que de otras. Pero sé que serás un Prowse honesto y recto, por encima de todo. Con eso me bastará. Recuerda, por otro lado, que no todos los delincuentes merecen el mismo trato. Hay asesinos y ladrones sin conciencia. Pero hay también gente que no pudo elegir a tiempo, sobre todo entre quienes roban por necesidad.

—Nunca he olvidado tus palabras de cierta ocasión, cuando era niño y mi sueño dorado era ser policía como tú —dijo Cliff gravemente—. Entonces supe que no todo el que roba a los demás

es un miserable. Luego he visto por mí mismo cuánta miseria, cuánto dolor y hambre hay en este país tras el triunfalismo oficial y las mentiras de los portavoces gubernamentales. He visto a niños famélicos robar un pan o una manzana, delito por el que pueden ir a un presidio horrible durante años enteros o ser deportados a Australia, como penados, junto a criminales curtidos. He visto a niñas prostituirse en el East End por unas monedas para comer o para comprar medicinas a sus padres enfermos. Y en esos casos he hecho lo que mi conciencia me dictaba: algo que no sería demasiado bien visto por quienes dictan las leyes.

—Bravo, hijo —aprobó el superintendente palmeando a su hijo con fuerza en las espaldas—. Así te quiero yo. De ese modo, tal vez no cometas los errores que tu padre cometió en sus tiempos. Creo que en la juventud está siempre la esperanza en que todo llegue a mejorar algún día. Cuida bien de Cliff, Zeena querida. Creo que se lo merece, como tú merecerás que él se desviva por ti en todo momento.

—Descuide, señor —sonrió la bella joven de grandes y profundos ojos color azul, en el óvalo suave de un rostro delicado, hermoso, sensitivo, enmarcado en el oro levemente oscuro de sus cabellos ondulados—. Siempre nos cuidaremos los dos mutuamente, estoy segura.

El superintendente se alejó, mezclándose con el resto de los invitados. Pero no habían terminado las felicitaciones para los futuros cónyuges. Una bella joven de pelo oscuro y un caballero alto, enjuto, de tez bronceada y cabellos canosos, se aproximaron a ellos en ese momento.

—Felicidades muchacho —deseó este último, apretando con calor la mano de ambos—. No sé si me recordáis. Soy Paul Archard, actual fiscal de la Corona, que ocupa el puesto que dejó vacante mi ilustre antecesor, el fiscal Sean Finch, gran amigo del juez Sangster, padre de tan encantadora novia. Cuando Sean Finch era fiscal, yo era solamente abogado. Y debo confesar que muchas veces fui vencido por mi rival brillantemente. Aquí os presento a Kate Finch, su bella hija.

—Me alegra conocerte, querida —dijo Zeena Sangster, abrazando y besando a la bella joven—. Mi padre me ha hablado mucho del tuyo. Lamento su muerte, sinceramente.

—De eso hace ya muchos años —suspiró la joven, moviendo la cabeza—. Yo era entonces muy niña. Mamá me ha contado, sin embargo, muchas cosas de tu padre, el juez Sangster, que fue un gran amigo de la familia en todo momento. Incluso recuerdo cuántas veces nos visitó durante la dolencia de mi padre y tras de su muerte, para apoyarnos moralmente en todo momento. Por eso he querido venir hoy a esta fiesta familiar, aunque no conozco a ninguno de los Prowse. Para felicitarte a ti y a tu prometido por vuestra futura boda.

—Gracias, Kate —Zeena la miró emocionada, con sincera gratitud—. Sé bienvenida. Ven, tomaremos algo. No es justo acaparar al novio demasiado tiempo cuando todavía no se le ha atado con el dogal del matrimonio, ¿no crees?

Las dos muchachas se alejaron riendo, mientras Clifford Prowse se quedaba a solas con el antiguo abogado Archard, convertido en fiscal a lo largo de los años.

—Creo que ha encontrado una pareja ideal esa muchacha —ponderó Archard mirando a Cliff—. Me han dicho que eres un policía de gran porvenir, un muchacho metódico, inteligente y eficaz como pocos. Digno hijo de tu padre, vamos.

—Yo tampoco puedo quejarme —sonrió Cliff—. Zeena es maravillosa. La verdad es que cuando la conocí, nunca creí que pudiera llegar a ser mi esposa.

—¿Por qué no? Ambos formáis una perfecta pareja.

—Bueno, ella es la hija de un juez que ha hecho historia en Inglaterra. Todos sabemos que Nigel Sangster ha sido el más perfecto magistrado que tuvo la Corona.

—Bueno, perfecto no lo somos nadie, muchacho —objetó Archard, carraspeando—. Yo mismo he llegado a fiscal dejando tras de mí algunos fracasos sonados. ¿Nunca te hablaron de cuando perdí el caso Hargood?

—Algo me contó mi padre —Cliff miró gravemente a su interlocutor—. Fue un hombre al que ahorcaron, ¿verdad?

Archard asintió:

—Verdad. Ni siquiera ahora podría jurar que él era realmente culpable. Sin embargo, tu padre le arrestó, el juez le procesó y condenó, y el fiscal le acusó con más ardor que si hubiera sido el asesinato de su propia madre.

—¿Cree que Hargood fue inocente en realidad? —se interesó el joven policía.

—Eso tal vez jamás llegue a saberse —se encogió de hombros Archard—. Pero para mí, siempre quedará la sombra de una duda, como para tu padre o para el propio juez Sangster, de cuya perfección hablabas hace poco. Como ves, muchacho, puedes permitirme el lujo de cometer algún error y seguir siendo admirado por los demás.

El joven le miró fijamente, con cierta severidad.

—Pero un error que signifique la vida de un hombre sería demasiado lujo, señor Archard —replicó con cierta sequedad Cliff—. Procuraré que ello no me ocurra nunca.

Y con un leve gesto de cabeza, dejó a Archard para reunirse con los demás. Saludó al superintendente Eric Talbot, compañero de su padre en las tareas de Scotland Yard, que también acudía a la fiesta en casa de los Prowse, y luego fueron varios compañeros suyos de promoción los que le rodearon jovialmente, apartándole del resto de los asistentes, incluida su jovencísima y gentil prometida, Zeena Sangster, que seguía en compañía de la hija del difunto fiscal Finch, la también atractiva Kate Finch.

Fuera, en las calles de la City, el día se estaba tomando sombrío aquella tarde del invierno de 1871, mientras una niebla sucia, maloliente a causa de los humos de la industrializada capital, se espesaba por momentos, dificultando la visión.

Todo tenía tintes felices, tanto para el novio, Cliff Prowse, como para su prometida. Nadie de cuántos asistían a esa fiesta podía presagiar ni remotamente que en las próximas horas los acontecimientos iban a cambiar radicalmente de cariz, tomando otro mucho más oscuro y tenebroso, en el que muchas de las vidas de los allí reunidos se iban a ver abocadas a un final tan sangriento como aterrador.

Blackie era ya un hombre viejo.

Tal vez no tanto como parecía físicamente, pero sí muy viejo para las rudas labores que llevaba habitualmente a cabo, para

admiración de sus convecinos.

No es que Blackie gozara de excesivas simpatías en la vecindad, porque su aspecto torvo y su deforme figura invitaban más al recelo o la repugnancia que a otra cosa, pero en realidad era un hombre inofensivo en apariencia, pese a su aire repulsivo, y se ofrecía a hacer los trabajos más duros cobrando lo mínimo por ellos. Así, no era de extrañar que, venciendo aprensiones, muchos propietarios le aceptaran a jornal, para hacerles las tareas menos gratas a cambio de unas pocas monedas.

Luego, al caer la tarde, era habitual ver al desgarrado y feo Blackie, con su espalda cargada, sus hombros torcidos, su cabeza hundida y su faz de gárgola provista de un solo ojo, aparte otro de vidrio que no sería ni siquiera para suavizarle sus horrendas facciones, cargado con viandas del comercio local, caminando con una pierna a rastras en dirección a su morada habitual. Morada que, por cierto, no podía ser más tétrica ni incómoda para los habitantes del lugar.

Blackie se alojaba en una humilde choza, justo frente a una cripta.

La cripta fúnebre era un sepulcro abandonado, que él de vez en cuando limpiaba de rastros cuidadosamente, cubierta por una lápida gastada por el tiempo, sin cruz ni escultura alguna. Unas escaleras bajaban hasta la lápida propiamente dicha, que el musgo y la humedad cubrían con su pátina de años. No se sabía si Blackie había llegado alguna vez a levantar esa losa para visitar la cripta subterránea, provista de un pequeño tragaluz a ras del suelo, entre los matojos y brezos del paraje, desolado y triste como pocos.

La cripta mostraba un nombre sobre la piedra, medio borrado por la acción de la intemperie, el tiempo y el abandono.

Ese nombre era breve: «Familia Eider». Sólo eso.

Blackie entró, como cada tarde, en su pequeña choza, construida por él mismo, a espaldas de un montículo pedregoso del que brotaban los brezos sacudidos por el viento frío de la comarca. Allá, en la distancia, el campanario de Upminster era visible recortándose contra los nubarrones que presagiaban lluvia.

Llevaba consigo las viandas recién adquiridas en la tienda del pueblo. Sólo unos chiquillos desharrapados le habían hostigado, persiguiéndole a pedradas, pero para Blackie eso carecía de

importancia. Estaba habituado al rechazo visceral que su fealdad producía en los demás.

Menos mal que aquella noche, como tantas otras, descendería a la cripta, cuando nadie le viese, para convivir unas horas con los únicos que no se meterían con él: los difuntos.

Porque en realidad, Blackie sí entraba en la cripta familiar de los Eider ciertas noches, sin que nadie lo supiera. Claro que ¿quién iba a merodear curiosamente por los alrededores de un lugar como aquél, sabiendo que había allí un sepulcro y la presencia de un ser tan inquietante como Blackie? Se preparó una cena frugal, como siempre, bebió generosos tragos de una botella y, finalmente, cogiendo un cabo de vela, sonrió malévolamente, su ojo de vidrio brilló mortecino a la luz de la llama, y emprendió el camino de la cripta.

Estaba empezando a lloviznar. Era una lluvia fina, fría y persistente. Allá, en la distancia, a algunas millas de Upminster y sus alrededores, se podía vislumbrar la bruma apelmazada que envolvía a la ciudad de Londres como si fuese una masa de algodón sucio y pastoso.

Blackie caminó con su peculiar cojera en dirección a la cripta. A cosa de un par de millas a su espalda quedaban las viejas ruinas ennegrecidas de lo que un día fuera un asilo para locos, y que nadie todavía, en veinte años, había pensado en reconstruir para ninguna otra utilidad, tal vez porque corría la especie por el lugar de que el sitio estaba maldito.

Blackie no había olvidado los viejos tiempos, cuando era enfermero del Dartford Assylum, a las órdenes del doctor Eider. No, no era fácil olvidarlo, ni siquiera para un cerebro romo y estrecho como el suyo. Blackie tenía sus motivos para ello.

Llegó ante la cripta. Bajó los escalones. Su deforme figura se inclinó sobre la pesada piedra. La hizo girar con una facilidad que hubiera pasmado a un casual testigo de la escena, caso de haberlo habido. En realidad era cosa sencilla. La piedra reposaba ahora sobre unos pivotes de igual material, pulidos de modo que sirvieran de eje para remover la lápida haciéndola girar y dejando así un angosto hueco para penetrar en el sepulcro.

El deforme ser penetró en la cripta con su vela protegida de la llovizna con una mano grande, nervuda, cubierta de llagas. El

resplandor de la vela hizo bailotear dentro del sepulcro subterráneo la llama de olor a sebo quemado. Blackie no demostró el menor temor a aquella especie de macabra danza de sombras en los muros, provocada por su propia figura y por las inmóviles formas humanas tendidas sobre las losas del suelo sepulcral.

Blackie se detuvo como hacía muchas veces, en medio de la cámara mortuoria. Colocó el cabo de vela en tierra, a sus pies. Las sombras se agrandaron monstruosamente sobre muros y bóveda, pero eso tampoco impresionó al antiguo enfermero de locos.

Contempló las figuras yacentes. Ninguna tenía sepultura. Ninguna estaba dentro de un féretro siquiera.

Yacían en las losas frías y grises. Eran seis.

Cinco de ellas parecían momificadas. Su piel era rugosa, sus rostros resecos, cubiertos de surcos, entre grisáceos y verdosos. Sus cuerpos estaban totalmente desnudos.

El sexto cuerpo era diferente. Ni siquiera poseía carne. Era sólo esqueleto.

Un esqueleto desnudo, descamado, tendido junto a los demás cuerpos embalsamados. Todavía se advertían huellas de tejidos carbonizados en torno, como huella de algún incendio antiguo. Las vacías cuencas de la calavera parecían mirar a la bóveda desde la eternidad, pero nunca resultaba tan impresionante como la mirada vidriosa, horrible, de los cinco embalsamados cuyas pupilas seguían fijas en el vacío, como en el día en que les sorprendiera la muerte.

—Amo, reposa en paz —dijo Blackie humilde, casi amorosamente, a la figura huesuda del esqueleto—. No pude salvarte la vida aquella noche, pero al menos te pude traer a tu sepulcro, con tu familia, con tu gente... Espero que hayas sabido perdonarme.

El esqueleto escuchaba en silencio a su interlocutor. Los dientes simulaban una risa espeluznante, en su mueca eterna, inamovible. Blackie se arrodilló junto a él, acariciando la amarillenta calavera con sus manos deformes.

—Feliz descanso, doctor Eider —musitó—. Yo cuido de ti como cuidé en vida. Yo traje aquí a esas momias, como tú me pediste... Y cuido de todos ellos. Lo haré así mientras viva, amo... Mientras viva, lo juro...

El silencio era siempre su única respuesta. No podía ser de otro

modo.

Tal vez por eso a Blackie le sorprendió el ruido a sus espaldas. Se volvió, intrigado.

Había sido un crujido seco, leve. Un chasquido de algo. No pudo saber qué. Miró a la entrada de la cripta. No se veía a nadie. Sólo la lluvia golpeando la losa, filtrándose a leves ráfagas al interior de la sepultura.

—Habrá sido el viento —se dijo Blackie, encogiéndose de hombros y volviendo su atención al esqueleto—. Amo, me quedaré todavía un rato aquí contigo. Luego me iré a dormir. Mañana tengo mucho trabajo. Debo hacerlo para ir tirando y cuidar de ti y de ellos...

Otra vez aquel crujido.

Había sido más fuerte, más prolongado. De nuevo el solitario ojo útil del jorobado buscó tras de sí, inquisitivo, sin revelar miedo alguno. La quietud era total en la Cripta.

—Diablo... —Blackie se rascó la cabeza, perplejo—. ¿Qué habrá sido eso? Debería mirar afuera. A lo mejor algún curioso... No me gustaría que hubiera ninguno. Tendría que matarle para protegeros a todos, amo... Y no quiero matar. No me gusta matar... Aunque muchas veces lo hice siguiendo tus órdenes, amo...

El crujido. De nuevo. Por tercera vez. Largo, chirriante. Y *cercano*.

Esta vez, Blackie estaba en guardia. Dio un respingo. Giró rápido sobre sus talones, escudriñando las amarillas penumbras que le rodeaban, más allá del cabo de vela.

Nadie hubiera imaginado jamás a un ser como Blackie asustándose de algo. Sin embargo, el único ojo vivo del ser monstruoso se desorbitó, su boca babeó, en tanto sus ralos cabellos se erizaban en la cabeza salpicada de llagas, recuerdo de un viejo incendio, el que asoló una noche el Dartford Assylum...

—Dios, no... —jadeó, incrédulo—. No puede ser...

Los dientes irregulares y sucios le castañetearon. Se irguió, vacilante, contemplando a la negra sombra ominosa que se recortaba, cada vez más alta, sobre el muro opuesto. La llama de la vela tembló, a punto de apagarse.

Pero no se apagó. Su luz tambaleante permitió vislumbrar una segunda sombra que se erguía lentamente. Y una tercera...

Ojos desorbitados, vidriosos, vacíos de expresión, se fijaban en él con terrible y obsesiva insistencia desde las sombras. Figuras dantescas, horripilantes, hacían pausados movimientos hacia él. Sus garras se estiraban en dirección suya, como manos llegando de ultratumba para reclamarle...

—No, no —masculló, tambaleante, empezando a sentir terror de algo por vez primera en su vida—. Vosotros estáis muertos... Muertos y momificados... Los muertos no vuelven a la vida...

Pero *ellos* sí volvían a la vida. Estaban erguidos ya los cinco. Tres hombres y dos mujeres. Impúdicamente desnudos, rugosos, momificados, de piel gris verdosa, de rostro deforme, de cuerpo enjuto, retorcido como un sarmiento...

Le rodeaban como un cerco maligno, con expresión alucinante en sus facciones macabras. Blackie manoteó, tratando de apartarlos.

—Marchaos —rezongó—. Estáis muertos. No podéis levantaros... Estáis todos muertos...

Pero ellos no parecían aceptar ese razonamiento simplista de Blackie. Se aproximaban a él, sus manos le rozaban ya. Eran manos frías, de dedos viscosos, resecos y crueles...

Blackie se enfadó. No le gustaba enfadarse, porque sabía que era muy fuerte y podía matar a cualquiera. Pero pensó que aquellos tipos estaban muertos de todos modos, y su lógica infantiloides le dijo que nadie puede matar a un muerto.

Se encaró con los cinco espectros, aquellos cuerpos que poco antes yacían sin vida, disecados sobre las baldosas, tal y como estaban ya veinte años atrás, cuando él los sacó del asilo por orden del doctor Eider, no mucho antes de que se declarase el incendio. Les golpeó sin contemplaciones, dirigiendo los impactos de sus demoledores puños a las cabezas de los extraños enemigos surgidos de la tumba.

No logró gran cosa, para asombro suyo. Los cráneos crujieron, como si los huesos sufrieran embates severos y se quebrasen, pero eso fue todo. Los momificados siguieron adelante, le rodearon estrujándole virtualmente, alcanzándole con sus zarpas malolientes, cubiertas de musgo, de humedad, de polvo y de mugre.

Pese a sus afanes, se dio cuenta de que era demasiado tarde, de que debiera haber escapado, antes de que fuese demasiado tarde. Nunca debió confiar en sus poderosas fuerzas, porque éstas parecían

no servir de nada frente a aquellos enemigos espantosos, llegados de entre los muertos.

Sintió que dedos crueles, malignos, penetraban en sus ojos, que uñas largas, curvadas, desgarraban su único ojo, reventándolo. Lanzó un horrible alarido de dolor, de agonía... Los muertos que vivían siguieron su tarea, con una fuerza que él jamás hubiera imaginado en aquellos cuerpos disecados, flacos y rugosos. Una mujer le mordió brutalmente el rostro, arrancándole un trozo de cara, que escupió luego entre sangre. Otro hombre le había vaciado ya totalmente la órbita ocular. Blackie estaba ciego. Totalmente ciego. Se percató de ello, lanzando un aullido de rabia animal, e intentó escapar a manotazos, clamando desesperado:

—¡Amo, favor! ¡Socorro, amo querido! ¡Yo no quiero morir! ¡Yo siempre me porté bien con todos vosotros! ¡Amo, sálveme de estos monstruos...!

Era inútil todo. El esqueleto del doctor Rupert Eider seguía mirando a la nada con sus negras cuencas vacías, mientras los cinco embalsamados, moviéndose implacablemente sobre Blackie, redujeron al deforme ser arrojándolo al suelo. Allí, sobre las baldosas, mordiscos, arañazos y golpes fueron cubriendo de sangre el cuerpo deforme, hasta convertirlo en un irreconocible guiñapo, entre alaridos de agonía, de dolor infinito, que nadie escuchaba dentro ni fuera de la cripta.

La lluvia seguía cayendo, cada vez más intensa, mientras las manos y las bocas de los momificados se llenaban con la sangre de Blackie, su primera víctima tras volver a la vida, veinte años más tarde.

Luego, los cuerpos de piel momificada, los cadáveres vivientes que acababan de salir de su quietud de años enteros, se irguieron satisfechos. Los pechos desnudos y ahora flácidos y rugosos de una de las mujeres momificadas chorreaban sangre de su víctima despedazada.

—Muerte... —jadeó una voz ronca, espantosa, brotando como un estertor ronco de entre sus labios disecados—. Muerte para todos...

—Muerte... —repitió otro de los embalsamados, como un eco macabro.

—Muerte para Sangster... para Finch... para Prowse... —recitó

un cuarto, mecánicamente, echando a andar el primero en dirección a la salida de la cripta.

—Sangster... Finch... Prowse... —recitó a su vez el último de los resucitados, moviéndose en pos del anterior, como el inicio de una tétrica procesión hacia el horror—. Muerte... Muerte...

Los cinco, como una formación dantesca, surgida de las mismas entrañas del Averno, avanzaron en dirección a la lluvia, al oscuro exterior. A su paso, la llama de la vela se extinguió, llenando de sombras la cripta donde ahora el fiel Blackie, convertido en una horrenda masa de carne destrozada, yacía junto a su antiguo amo, el doctor Eider, el científico que creyó conquistar el mundo venciendo a la propia muerte...

2

La niebla era ya impenetrable.

El incómodo y tradicional *smog* era como una masa densa, casi tangible, que envolvía calles y plazas, sumiéndolas en una turbia, grisácea oscuridad maloliente, que ni siquiera las farolas de gas podían combatir mínimamente con su débil resplandor amarillento.

Londres conocía bien esa maldición fétida y molesta que la humedad ribereña y los humos industriales habían convertido en una auténtica amenaza urbana. Pero, a la vez, en un manto protector para los numerosos delincuentes que se felicitaban de su existencia, especialmente en los barrios miserables de la ciudad.

En cambio, en los barrios elegantes o, cuando menos, destinados a la clase media londinense, la presencia de la niebla resultaba menos ingrata, aunque no por ello dejase de resultar desagradable.

—Esa horrible bruma otra vez, mamá... —se quejó Kate Finch, apartándose de la ventana y corriendo las cortinas—. No se ve nada a un par de yardas de distancia. Desde aquí, sólo distingo la farola de la plaza. Acaba de pasar un carruaje y ni siquiera me ha sido posible verlo.

—Es el tributo que hemos de pagar a la industrialización —suspiró resignada su madre—. Recuerdo aún muy bien lo que dijo la Reina Victoria hace veinte años, cuando inauguró la Feria Universal de 1851. Tu padre me llevó a la ceremonia de apertura. La reina dijo que, a partir de ese día, Inglaterra viviría el mayor esplendor industrial de toda su historia. Eso es cierto. Pero aunque las fábricas y talleres proliferen cada día, dando mayores puestos de trabajo a los parados, se paga un alto precio por ello, respirando veneno día a día.

—Si al menos sirviera para acabar con la miseria que invade este país... —se quejó Kate amargamente—. Ayer estuve en la misión de caridad de Whitechapel y sentí horror de que pueda existir tanta

pobreza en el mundo, tanta ruina humana andando por ahí, desde niños a ancianos.

—Por desgracia, nosotras nada podemos hacer para remediar tanto mal —se expresó su madre con pesar—. Bastante hacemos dando donativos o prestando nuestra asistencia personal a misiones caritativas. Tu padre, al morir, nos dejó una posición decente, pero nada más, Kate querida.

—Lo sé, mamá —la joven se estremeció levemente, al sentir una ráfaga fría que cruzaba súbitamente el salón, haciendo bailotear las llamas en los leños del hogar—. ¿Qué ha sido eso?

—¿La corriente? —Sarah Finch miró hacia la puerta abierta de la estancia—. No sé. Supongo que alguna ventana abierta...

—No, mamá —negó Kate con energía—. He cerrado todas las ventanas antes de venir aquí. De todos modos, iré a ver.

Tomó un quinqué de encima de la repisa, para dirigirse al exterior a comprobar el origen de aquel repentino ramalazo de aire gélido. Su madre, entre tanto, se incorporó, yendo al mueble donde reposaban las copas y botellas.

—Termina pronto —le dijo a su hija—. Tomaremos un oporto antes de preparar la cena, ¿te parece bien? Eso nos hará olvidar la molesta y fría niebla de allá afuera.

—Como quieras, mamá —sonrió la joven Kate, con el quinqué en la mano, saliendo del salón en dirección a las demás dependencias de la amplia mansión que los Finch ocupaban en Marylebone, cerca de

Regent's
Park.

Sarah Finch medió dos copas de oporto, dirigiendo una ojeada al reloj mural del salón, que marcaba en esos momentos las siete y media en punto. Fa corriente se volvió a producir.

La señora Finch sintió un leve escalofrío y se cruzó de brazos, como protegiéndose de aquel repentino azote helado.

—Qué extraño... —musitó—. ¿Qué puede producir tanta corriente?

Tapó la botella de oporto con el grueso tapón de cristal tallado.

Fuego tomó una de las copas y se la llevó a la nariz para oler el delicado aroma. Pero nada borraba su inquietud. Fas pisadas de su hija Kate sonaban ya lejanas, bajando a la planta inferior de la casa

por la amplia escalera, en busca del motivo de la corriente. Fa luz del quinqué se había perdido en la distancia, al fondo del largo corredor.

Sarah Finch regresó con su copa al asiento frente a la chimenea. Probó un sorbo del vino, pensativa, la mirada fija en los leños encendidos. Creyó oír un leve roce de pasos a su espalda.

—¿Eres tú, Kate? —preguntó sin volverse—. ¿Comprobaste ya si había algo abierto?

Ella no respondió. Esos pasos se repitieron, suaves sobre la alfombra. Lentos, apagados. Cada vez más próximos. Una sombra fugaz se recortó en la chimenea, ante ella.

Sarah Finch se volvió, extrañada por el silencio de su hija, ya que no podía ser sino ella, puesto que aquel día la buena señora Higgins, su criada, libraba por ser su fiesta semanal.

Un alarido de supremo horror escapó de labios de la viuda al ver lo que tenía ante sí.

Kate estaba a punto de entrar en la cocina cuando el grito agudo, desgarrador, proferido por su madre, le llegó desde el piso alto.

—¡Mamá! —gimió, parándose en seco, sobresaltada—. Mamá, ¿qué es lo que ocurre?

Y dio media vuelta rápidamente, corriendo hacia la escalera de nuevo. Era tal su carrera, que pese al tubo de vidrio que la protegía, la llama del quinqué bailoteó vivamente, a punto de apagarse, cubriendo de humo las paredes vidriosas circundantes.

—¡Mamá! —gritó ahora, sobresaltada—. ¡Mamá, responde! ¿Qué pasa? ¿Por qué has gritado?

No le respondió. Pero creyó oír jadeos, gritos contenidos, ahogados por algo. Su rostro demudado era como una pálida máscara, flotando ante la llama de luz de la lámpara de keroseno. La amplia falda crujía en torno suyo, con sus veloces pisadas.

No pudo advertir, tal era su angustia y precipitación, que tras una cortina, a su paso, una mano grisácea, repugnante, rugosa, se crispaba sobre el terciopelo rojo oscuro, sin llegar a alcanzar a la joven hija del difunto fiscal Finch...

Subió a todo correr las escaleras, llegando a la planta alta casi sin aliento. Pero sin detenerse, se precipitó hacia el *living*, donde brillaban las luces como al abandonarlo en busca del motivo de la

corriente de aire.

—¡Mamá! —repitió, angustiada—. ¡Mamá, responde, por el amor de Dios! ¿Qué está pasando aquí?

Siguió sin respuesta. Pero había ruidos extraños en el *living*, de eso no tenía duda alguna la joven. Llegó a la puerta sosteniendo el quinqué en sus manos, se detuvo en el umbral, miró al interior, en busca de su madre.

Esta vez, el alarido atroz, desgarrado, casi inhumano, escapó de la garganta de la muchacha.

Su madre yacía junto a la chimenea, en un espantoso baño de sangre, desfigurado el rostro, vaciados sus ojos, aplastada la cara brutalmente, medio arrancado el cabello, también empapado de rojo. Sus ropas se mostraban desgarradas, su cuello roto, los senos hendidos y sangrientos entre los jirones de tela.

Y ante ella, con las manos bañadas en sangre, goteando sobre la alfombra, dos figuras horrendas, totalmente desnudas, de un color de piel gris verdoso, totalmente arrugada y seca, como dos momias, permanecían en pie rígidamente, volviendo sus espantosos rostros hacia Kate al oírla llegar.

Inmediatamente, las figuras momificadas volvieron sobre sus pasos, caminando hacia ella lentamente. De sus bocas escaparon guturales sonidos que Kate creyó entender, pese a su forma inarticulada de ser pronunciados:

—Muerte... Finch... Muerte... Sangster... Muerte... Prowse... Muerte...

Kate exhaló un segundo alarido de pavor. Echó a correr, arrojando el quinqué, que estalló sobre la alfombra en pedazos, derramando el petróleo, por el que corrió un reguero de fuego inmediato, que hizo retroceder, asustadas, a las dos momias vivientes.

Ante Kate emergía ya otra figura tambaleante, rugosa, esquelética y horripilante, de entre las cortinas del pasillo. Con un chillido histérico, la joven vio que toda salida de la casa quedaba así bloqueada. Porque una tercera, alucinante figura embalsamada se movía escaleras arriba, inexorable, dirigiéndose también hacia ella, en un delirante cerco de horror y de muerte.

Kate no dudó.

Corrió a una ventana del pasillo, mientras a sus espaldas ardía la

alfombra violentamente, extendiéndose el fuego hacia el *living*.

Se arrojó a la calle sin vacilar, atravesando la vidriera, que se hizo añicos al paso violento del joven cuerpo femenino.

Rebotó en un árbol que se alzaba junto a la casa, para caer luego al pavimento, justo al bordillo de la acera, no lejos de la farola de alumbrado público.

Cliff Prowse entró en el
Bart's

con Zeena cogida del brazo.

La mañana era fría y desapacible, estaba lloviznando y el aire londinense olía a humo, a basuras y a humedad. El aroma repentino a ácido fénico de los corredores del Hospital de Saint Bartholomew, casi resultaba agradable al lado de esos otros hedores callejeros.

El personal transitaba atareado.

Tras preguntar a algunos enfermeros y a un par de médicos internos —ambos sin duda practicantes jóvenes de Medicina, como era habitual en el viejo y entrañable hospital londinense donde todos los doctorados hacían sus prácticas—, llegaron a la estancia donde reposaba Kate Finch. El doctor Styles, médico de la familia, se apresuró a caminar hacia la joven pareja con gesto ensombrecido, estrechando la mano de Cliff cordialmente.

—Hola, muchachos —saludó el viejo galeno en voz baja. Miró a la paciente, que reposaba en el lecho, aparentemente dormida, con sus ojos cerrados y la respiración pausada, añadiendo mientras meneaba la cabeza de un lado a otro—: Pobre criatura, ha pasado un mal trance...

—Lo imaginamos fácilmente —asintió Zeena Sangster gravemente—. ¿Es cierto todo lo que nos han contado?

—Totalmente cierto, si es lo que imagino —admitió el doctor Styles—. Es una historia horrenda, la verdad. De no ser porque el cadáver de la señora Finch fue hallado tal como Kate lo describió, ahora estaríamos dudando de su razón. Por fortuna, los bomberos llegaron a tiempo de rescatar el cuerpo de las llamas sólo quemado parcialmente. Las huellas del bárbaro crimen estaban bien visibles en la infortunada Sarah Finch.

Zeena asintió, todavía con el horror impreso en el rostro.

Cambió una mirada con Cliff, que había fruncido el ceño, grave su expresión.

—Mi padre me ha contado algo del asunto —manifestó con firmeza el joven—. Como superintendente de esta zona de la ciudad, le corresponde a él este caso. Y la verdad es que me ha dejado helado, doctor. ¿Es cierto que ella vio a unos seres desnudos, extraordinariamente momificados, que la atacaban a ella y a su madre, y que por eso se arrojó por la ventana suicidamente?

—Así es, Cliff. Tuvo la fortuna de rebotar en un árbol que crece junto a la mansión de los Finch, de otro modo hubiese aterrizado en el pavimento fatalmente. Ese rebote salvó su vida y le causó tan sólo magulladuras y un par de costillas rotas por todo quebranto.

—¿Se recupera bien?

—Dentro de lo que cabe, sí. Temo más por el daño moral que ha sufrido que por el puramente material. Mi colega del

Bart's

, el doctor Finlay, cree que ese trauma va a durarle mucho a la pobre chica.

—Menos mal que puede contarle —suspiró Zeena, apresurándose a ir al lado de la muchacha.

Cliff aprovechó el momento para tomar del brazo al doctor Styles y llevarle aparte.

—¿Cómo han sucedido exactamente las cosas? —indagó—. Mi padre estaba muy ocupado cuando le vi esta mañana, y apenas me relató una parte de los hechos.

—Pues, ciertamente, querido Cliff, lo sucedido ha sido algo espantoso que parece no tener sentido. El cadáver de la señora Finch apareció bañado en sangre, totalmente cubierto de mordeduras, zarpazos horribles y golpes de todo tipo. Tenía la cara desfigurada, mordida, vaciados sus ojos salvajemente, reventados los oídos, desgarrada la carne, como si una horda de salvajes o una bandada de buitres se hubieran ensañado con ella. Su muerte debió de ser horrible.

—¿Quiénes pudieron ensañarse así con una mujer de su edad, totalmente indefensa? —Se horrorizó el joven policía.

—Si pudiéramos responder a eso, Cliff... —El viejo médico se encogió de hombros—. Según el relato que nos ha hecho por dos veces su hija Kate, los asesinos eran seres espantosos, como muertos

surgidos de sus tumbas. Iban totalmente desnudos, se movían como autómatas, pero eran realmente fuertes, de expresión maligna. Dice que nunca olvidará sus pieles rugosas y oscuras mientras viva, así como tampoco sus ojos desorbitados, vidriosos, y la forma en que sus manos, auténticas garras de enormes uñas, chorreaban sangre de su propia madre... Cuando relataba eso, parecía despavorida y teníamos que hacer grandes esfuerzos por dominar su excitación.

—¿No cree que haya sufrido alucinaciones al ver así el cuerpo de su madre?

—Ésa fue mi primera impresión, la verdad, Cliff. Resultaba tan fantástica, tan increíble su versión de los hechos... Pero todo lo demás coincide exactamente: el fuego producido en la casa, su caída por la ventana... Gracias a un agente que patrullaba cerca, y la vio caer en la niebla, pudo ser atendida de inmediato y sofocado a tiempo el incendio, salvándose el cadáver de su madre de las llamas. Si se hubiera consumido en ese incendio sin dejar rastro, ahora estaríamos convencidos de que Kate se había vuelto loca y que su relato era pura fantasía.

—¿Y los asesinos, esos seres horrendos que ella describe? ¿Se sabe algo de ellos?

—Nada en absoluto. Se les ha buscado por todas partes, según me contó un colega tuyo. Tu padre anda precisamente en eso ahora. No se halló el menor rastro, salvo pisadas de pies desnudos, ensangrentadas, en las alfombras de la casa incendiada. Ése es otro detalle que confirma el increíble relato de Kate.

—Ya. A la vista de todo eso, la cosa se ve más oscura que nunca —suspiró Cliff, pensativo.

—Lo mismo digo, hijo —sonrió tristemente el doctor Styles—. Ahora os dejo con ella un rato. No la molestes con demasiadas preguntas. Olvida que eres policía, y piensa simplemente que eres un amigo. La pobre ha sufrido mucho.

Apretó afectuosamente el brazo de Cliff y abandonó la estancia.

El joven policía se volvió lentamente hacia el lecho, donde se había sentado ya Zeena, estrechando entre sus manos las de su amiga. Kate Finch había abierto los ojos.

Cliff leyó en esa mirada todo el horror de una aventura escalofriante, el pánico de una experiencia sobrecogedora e insólita, que posiblemente dejaría profunda huella por el resto de su vida.

Estaba pálida, temblaba ligeramente y musitaba cosas entre dientes, mirando a Zeena casi sin verla. No había llanto en sus ojos. Sólo pavor.

Cliff se acercó a ellas lentamente. Miró a Zeena antes de abordar suavemente a la paciente.

—Hola, Kate —saludó con dulzura—. ¿Todo va bien?

—Esos horrendos seres... —jadeó ella por toda respuesta, no se sabía si hablando consigo misma o recitando machaconamente una obsesión que invadía su cerebro—. Están ahí... ¡Están ahí, mirándome con sus ojos malditos! ¡Apartadlos de mí, apartad esos ojos horribles!

—Calma, calma, querida —la confortó Zeena, apretando las manos con ternura. Luego le acarició los cabellos, las sienes. Kate, dificultosamente, pareció surgir de una inconsciencia profunda, la miró y balbuceó algo.

—Mamá... mamá... —La entendieron ambos con claridad—. ¿Qué han hecho contigo, mamá querida?

—Kate, vas a ponerte bien en poco tiempo —la confortó ahora Cliff—. Debes descansar, olvidarte de todo...

Kate le había oído, porque alzó sus ojos cuajados de un espanto indescriptible y le miró desde una distancia que parecía remota.

—Cliff... —susurró—. Oh, Cliff... Tienes que encontrarlos... Tienes que encontrar a esos seres... y destruirlos... Ellos... ellos son el Mal... Ellos son la Muerte... Lo decían, Cliff... ellos lo decían...

—¿Decían? ¿Qué es lo que decían? —la apremió Cliff con firmeza.

—Daban los nombres: Finch... Sangster... Prowse... Y siempre con la misma palabra en medio de cada nombre: Muerte... muerte... muerte... ¡muerte!

Zeena y Cliff cambiaron una mirada de sorpresa. El joven inspector se inclinó hacia Kate solícito:

—¿Ellos pronunciaron tu nombre... el mío, el de Zeena? —insistió, tenso.

Kate afirmó dos veces moviendo la cabeza. Luego, volvió a su cantinela habitual, con tono monocorde, lejano:

—Ellos son la Muerte... Apartadlos de mí... ¡Me dan horror! Mamá, pobre mamá...

Zeena suspiró. Se incorporó despacio. Kate soltó sus manos,

cerró los ojos, sufriendo una leve convulsión. Luego, se quedó inmóvil, como dormida. Respiraba leve, profundamente, muy despacio.

—Vamos —murmuró Cliff, tomando a Zeena de una mano—. No podemos molestarla más. Necesita descanso. Deben haberle administrado sedantes...

Salieron de la estancia. Zeena se detuvo un momento en el pasillo que olía a formol, a ácido fénico, a desinfectantes y fármacos. Unos jóvenes internos se cruzaron con ellos, hablando de sus prácticas médicas en el

Bart's.

—¿Crees que esos horribles seres pronunciaron nuestros nombres, Cliff? —quiso saber Zeena.

—No me parece fácil, al menos en cuanto a tu apellido o al mío —murmuró el joven meneando la cabeza—. No podemos saber si lo dice por obsesión o si realmente oyó decir algo a los asesinos. Lo más probable es que la infeliz siga delirando tras su dolorosa experiencia... Vamos, Zeena, este lugar podrá ser para sanar a la gente; pero a mí los hospitales me ponen enfermo.

La joven asintió, apretándole con fuerza la mano. En silencio, abandonaron el hospital.

El superintendente Prowse levantó la sábana con lentitud.

—Ya puedes mirar, hijo —invitó.

Cliff Prowse se acercó a la mesa de mármol de la Morgue. Dirigió una ojeada al cadáver desnudo de la señora Finch. Se estremeció, pese a que esperaba ya encararse con algo así.

—Cielos... —Sintió náuseas—. Es atroz...

—Lo es —afirmó su padre—. Mira esas incisiones que destrazan su cara. Están hechas con los dientes, lo ha confirmado el médico forense, por si la cosa no estuviera lo bastante clara. Y los pechos desgarrados, los pezones colgando, destrozados a zarpazos... Y los ojos vaciados bestialmente, reventando sus globos oculares...

—Nunca vi nada parecido. Tal ensañamiento en una pobre mujer...

—Yo llevo muchos años en esto, hijo. He visto de todo en esta hendida ciudad durante mi vida profesional. Pero nunca nada

semejante, te lo confieso.

—¿Puede ser obra de algún loco?

—Evidentemente, lo parece. Pero el relato de Kate cambia todo de aspecto. Esos asesinos que ella describió responden más a la imagen de unos espectros, de unas momias, que de otra cosa.

—Pero los espectros no matan. Y las momias tampoco, papá.

—Por supuesto —gruñó el superintendente de mal humor, volviendo a bajar la sábana—. Pero aún no has visto todo, Cliff.

—¿Es que hay algo más? —se sorprendió su hijo.

—Ven conmigo. Prefiero que seas tú quien me dé tu opinión.

Cruzó la sala del depósito fúnebre. Había al menos una docena de cuerpos rígidos, cubiertos por sábanas, en el tétrico recinto de la Morgue. Dennis Prowse dio de lado a varios de ellos, deteniéndose ante un bulto en concreto. Hizo un gesto a Cliff para que se aproximase. Éste lo hizo, enarcando las cejas.

—Mira esto —dijo su padre gravemente, alzando otra sábana con lentitud.

Cliff se asomó, mirando a otro cadáver tendido allí.

El espectáculo era aún más horrendo que el vislumbrado poco antes, aunque ello pudiera parecer imposible.

Estaba ante otro cadáver mordisqueado, desgarrado, virtualmente reducido a jirones por dientes y garras feroces, cubierto de sangre seca en todo su cuerpo. Pero todo eso, con ser repulsivo, no lo resultaba tanto como la propia naturaleza del difunto.

Un único ojo le contemplaba desde una faz cubierta de mordiscos y desgarros, bajo cabellos empapados en sangre seca, y los coágulos sanguinolentos del rostro no bastaban para cubrir cicatrices y deformidades antiguas.

Además de todo eso, el cadáver era deforme, tenía una joroba pronunciada y los brazos simiescos demasiado largos. Una pierna, por añadidura, era más larga que la otra.

—Dios, ¿quién es ese horror? —jadeó Cliff, impresionado.

—Otro cadáver encontrado hoy en la comarca —explicó su padre—. Iguales señales de incisivos en el rostro, arañazos semejantes a los de Sarah Finch... Cualquiera podría asegurar que están hechos por las mismas personas.

—Ese hombre... es un monstruo aun sin sus heridas. Y ese ojo...

—Es de vidrio, claro. El otro, el auténtico, se lo vaciaron, como a la señora Finch.

—¿Quién es? ¿Se sabe?

—Claro. Fue identificado en el lugar del hallazgo de su cadáver por unos lugareños. Le reconocieron más por sus deformidades que por sí mismo. Dijeron que era un tal Blackie, un ser monstruoso pero inofensivo del que se reían todos y al que los niños apedreaban. Trabajaba en diversos oficios duros y penosos por un puñado de peniques.

—¿Dónde fue encontrado?

—En un extraño lugar, Cliff —el superintendente bajó la sábana, paseó por el depósito de cadáveres y añadió lúgubremente—: En el interior de una cripta funeraria, en Upminster. Hallaron la lápida descorrida y se asomaron. Yacía junto al esqueleto de un desconocido muerto al menos veinte años atrás. El sepulcro, según su inscripción, pertenecía a la familia Eider. Había varios difuntos sepultados allí, todos antes de mitad de este siglo, Cliff.

—¿Y sus asesinos?

—Ni rastro de ellos. El lugar sólo albergaba el cuerpo de la víctima y el esqueleto. Es cuanto sabemos al respecto. ¿Crees que ambas muertes han sido obra de un mismo culpable o culpables?

—Sí, lo creo firmemente, papá.

—Yo también —suspiró su padre gravemente.

Ambos policías permanecieron silenciosos, pensativos, durante unos momentos, como si el sobrecogedor mutismo de las formas inmóviles que les rodeaban en el recinto hubiesen logrado contagiarles.

—Intuyo que hay algo oscuro y terrible en todo esto, papá —dijo Cliff de pronto.

—Cierto —admitió su padre—. Lo hay, podría jurarlo, Cliff. Pero... ¿qué?

El joven inspector meneó la cabeza, desconcertado. Sus ojos se fijaron en los dos bultos tapados por el tejido blanco, antes de responder sombrío:

—Eso es lo que hay que tratar de buscar, ¿no te parece?

—Claro —afirmó el superintendente con firmeza—. Eso es cosa mía, hijo.

Los archivos municipales de Upminster no eran lo que se dice un sitio agradable ni acogedor. El superintendente Prowse no recordaba que ningún lugar semejante lo fuese nunca. Eran edificios viejos, de sórdidas, habitaciones, corredores interminables y muros cubiertos de estanterías polvorientas, donde se hacinaban legajos y papeles no menos cubiertos de polvo y telarañas, roídos muchas veces por las ratas, o recorridos por repugnantes cucarachas.

El superintendente Prowse, tras mostrar su credencial al empleado de los archivos, se adentró por aquellos vericuetos polvorientos, mientras el funcionario, con tono plañidero, se limitaba a decir a su visitante:

—Busque cuanto quiera, superintendente. Si necesita algo, volveré pronto. Voy a la taberna a tomar un trago, es mi hora de descanso.

Prowse se encogió de hombros. Imaginaba que aquel tipo de nariz colorada y ojos turbios tendría «su hora» cada poco tiempo, empleándolo en hacer el recorrido hasta el *pub* vecino. Ahora eran las cinco de la tarde, estaba oscureciendo con rapidez, mientras la molesta llovizna seguía cayendo sobre la campiña y el pueblo con persistencia molesta, haciendo todavía más triste y melancólico el día. Seguro que a las cinco y media como máximo, el archivo local cerraría sus puertas y el empleado volvería una vez más a la cantina.

Rebuscó en los legajos de estanterías ordenadas por riguroso turno alfabético. Lo de *ordenadas* era una simple utopía. Aquello estaba revuelto, en total desorden, y resultaba fácil encontrar cosas con la letra Z entre las que señalaban pertenecer a la A o a la B. La oscuridad del sórdido recinto era intensa ya, los ventanales tenían demasiado polvo para dejar pasar la escasa luz de la tarde, y el policía tuvo que encender la llama de un único quinqué, cubierto de

mugre y excrementos de moscas, cuyo escaso contenido de keroseno hizo que la llama fuese débil, tan difusa que Dennis Prowse tuvo que esforzar al máximo sus ojos para poder escudriñar entre los montones de legajos y librotes, en busca de algo relacionado con la letra E.

Pronto lo encontró. Era un viejo legajo atado con cuerdas, de papeles amarillos por la acción del tiempo, bajo el nombre Eider.

Se encaminó con él a una mesa arrinconada, tras bajar la escalera de mano con la que accediera a la alta estantería. Puso el quinqué junto al legajo, sacudió este de polvo, sin preocuparle que dos cucarachas abandonaran las páginas prestamente, y comenzó a revisar los documentos allí incluidos.

Los pasos sonaron fuera, en la recepción de los archivos, haciendo chimar las viejas tablas del suelo. Sin alzar la cabeza, el superintendente preguntó en voz alta:

—¿Ya ha vuelto de la taberna, amigo?

El otro no le respondió. Prowse se encogió de hombros, siguiendo con su trabajo. Fuera, tras el ventanal mugriento, la noche era ya absoluta. La lluvia golpeaba tristemente en los cristales.

Las pisadas sonaron ahora cerca de él, en el propio recinto de los archivos. Sin dejar de leer los documentos que tenía ante sí, volvió a preguntar:

—¿Es la hora de cerrar quizá? No se preocupe, ya término con esto. Si quiere, saldremos juntos y tomaremos una pinta de cerveza ahí al lado... Es lo menos que le debo, estos documentos han resultado sumamente interesantes para mí, amigo.

El silencio que acogió sus palabras tuvo algo de sorprendente para él. Repentinamente aprensivo, alzó la mirada al percibir la proximidad del recién llegado cerca de él, en absoluto mutismo.

Esperaba hallar el rostro flaco, la mirada turbia y la nariz roja del funcionario municipal ante sus ojos, mal alumbrado por la débil llama del quinqué. Tal vez por eso la visión que hirió sus retinas resultó todavía más escalofriante.

—¡Dios, no! —tronó, poniéndose en pie tan violentamente que derribó su silla estrepitosamente—. ¿Quién es usted?

La voz le había temblado. A él, que era un hombre duro, curtido en mil lances. A él, que llevaba treinta años en la profesión, casi

desde que Scotland Yard se fundara como tal, allá por los años veinte de ese mismo siglo...

Los ojos casi salidos de sus órbitas que le contemplaban desde la tétrica penumbra del lugar eran para sobrecoger a cualquiera. Pero más cuando se veían en un rostro como aquél, digno de la más atroz de las pesadillas imaginables.

Y eso no era todo. Bajo la faz surcada de profundas arrugas, reseca y como curtida, de un indefinible tono gris verdoso, siniestro y repugnante, era posible ver un escuálido cuerpo tan rugoso, tan agrietado y momificado como la propia cara del monstruo, enteramente desnudo, mostrando unos flácidos senos resecos colgando de un torso huesudo, sobre un abdomen inexistente y un sexo femenino de vello desmesuradamente largo y arrugados contornos bordeados por unos ridículos muslos huesudos, pura piel y esqueleto.

—Una mujer... —jadeó Prowse, alucinado, llevando la mano a su negro gabán de cuello de terciopelo, en busca del revólver reglamentario—. Dios, *eso* ha sido antes una mujer, cuando menos... Y responde exactamente a lo que describió Kate Finch... ¿Quién eres tú, qué haces aquí, maldita seas?

La criatura monstruosa no respondió nada. De allá, de las oscuras sombras situadas a espaldas de la hembra horrible, llegó un nuevo crujido de tablas. Otros pies descalzos hollaban el suelo viejo, carcomido, del vetusto caserón municipal, acercándose a él lentamente.

La mujer embalsamada se movió despacio, pausada, mirándole con aquella expresión diabólica que lograba helar la sangre en las venas al curtido policía. La mano de éste brotó con el revólver amartillado ya.

—En nombre de la Ley, daos presos quienquiera que seáis —dijo, vislumbrando borrosamente en el límite del escaso cerco de luz que proporcionaba el quinqué, la rígida figura verdosa de otro macabro ser que parecía salir de la propia tumba—. Quietos todos, o empiezo a disparar.

La mujer momificada siguió adelante. Sus labios hendidos, que parecían oscuras tiras de cecina mostrando el marfileño oscuro de unos dientes sucios, manchados de sangre seca, esbozaron algo, una mueca que, tal vez, pretendía ser una sonrisa, pero que solamente

resultó un lúgubre rictus capaz de erizar los cabellos al más valiente.

Prowse resopló, sin pensárselo más. Apretó el gatillo de su arma.

La aparición se estremeció levemente por un instante. La bala hizo un orificio nítido en su pecho, entre ambos senos rugosos. Prowse observó, alucinado, que ninguna sangre brotaba de aquella herida, como si el líquido vital estuviese tan seco como los cuerpos de aquellas criaturas infernales.

—Cielos, no puede ser... —masculló, aterrado, al ver que, tras el breve espasmo inicial, al recibir el balazo, la momia seguía su camino hacia él, implacable. Los labios modularon sonidos, sonidos roncós, guturales, que parecían surgir como los propios seres, del mismísimo Averno:

—Muerte... Prowse... Muerte... Muerte... Muerte... Finch... Muerte... Sangster... Muerte...

—Dios mío, era verdad... —jadeó el superintendente, dando un paso atrás, demudado, al tiempo que su revólver volvía a retumbar sordamente en el desolado caserón, la llama brotaba, y otro proyectil se incrustaba, ahora en la cabeza de la criatura espantosa, abriendo un buen boquete en medio de su frente.

Un nuevo y breve tambaleo fue cuánto logró con eso. En el corredor sombrío, volvían a crujir las tablas del suelo con nuevas pisadas. Ahora, Prowse sabía que no podía esperar ayuda de nadie, ni tan siquiera el regreso del funcionario. Tal vez el pobre diablo, a su regreso de la taberna, había encontrado a los macabros visitantes, hallando una muerte tan espantosa como el deforme Blackie o la señora Finch...

—¡Apartaos, seres malignos! —rugió, volviendo a disparar, esta vez contra el segundo de los intrusos, que era un hombre, flácido, rugoso y repulsivo como la mujer, de rostro tan espantoso como el de ella—. ¡Acabaré con vosotros sea como sea!

Pero Prowse se dio cuenta, de repente, que había vaciado todas las balas. De su revólver en vano. Su arma humeaba, ya vacía, tres de los intrusos aparecían con boquetes de bala en sus caras y cuerpos, pero seguían avanzando imperturbables hacia él, como si les fuese imposible morir.

El policía era un hombre fuerte. Al verse rodeado, luchó salvajemente, esforzadamente, por salvar su vida y escapar de

aquella pesadilla. Con su revólver hundió a culatazos la cabeza de uno de los enemigos surgidos de la noche. Le vio las astillas de los huesos de su bóveda craneal incrustados en la masa encefálica, pero aunque más débilmente, el muerto viviente siguió golpeando, arañando con sus enormes uñas, largas y curvadas, mordiendo con sus incisivos malolientes, arrancando carne de manos y rostro del superintendente.

Los alaridos de éste, acorralado, abatido por sus adversarios inmortales, fueron perdiéndose en las oscuras rinconeras del recinto municipal, logrando solo atemorizar a las ratas, que huían despavoridas de aquellos seres, infinitamente más feroces que todas ellas.

En pocos minutos, el silencio, un silencio escalofriante, de muerte y de horror, se apoderó de los archivos municipales, entre polvo, telarañas y oscuridad húmeda y maloliente.

Los embalsamados se apartaron lentamente de su presa. Había terminado su tarea en ella.

—Muerte... —repitió uno, como una letanía sobrecogedora—. Muerte... Prowse... Muerte... Muerte a todos ellos...

Luego, echaron a andar, alejándose del lugar donde la forma de muerte más horrenda imaginable, hacía de nuevo su acto de presencia. La sangre corría, siniestramente oscura, por entre las rendijas de las tablas del suelo polvoriento. El cuerpo fornido y rudo del superintendente Dennis Prowse era un amasijo de carne humana desgarrada, reventada, triturada... El hueso asomaba bajo sus heridas y destrozos, los ojos estaban colgando de sus órbitas, sujetos sólo los globos oculares, casi reventados, por delgadas hilachas de nervios y músculos...

Fuera, seguía lloviendo obstinada, apagada, tristemente.

Terminó el funeral, sencillo y emotivo. Cliff Prowse, enteramente vestido de luto, pálido el sereno semblante, secos pero irritados y cubiertos de ojeras sus penetrantes ojos grises, se apartó despacio de la tumba recién cerrada.

Una brisa húmeda y fría azotaba las hierbas y plantas del cementerio. Se puso el sombrero mientras caminaba entre las tumbas, de regreso a la salida. Zeena, totalmente de negro también, le escoltó en silencio.

Tras ellos iban los demás: el juez Sangster y su esposa, el fiscal

Archard, el inspector Peters y el superintendente Eric Talbot, ambos compañeros del difunto en sus tareas del Yard, así como numerosos policías y amigos de Dennis Prowse o de su hijo.

Llegaron ante los negros carruajes que esperaban a la puerta del recinto fúnebre. Allí se aproximaron a expresar a Cliff su condolencia. El joven recibió en grave, taciturno silencio, las muestras de afecto y de pésame de los presentes. Zeena, a su lado, compartía su luto y su dolor como si fuese ya la propia señora Prowse.

—De veras lo siento, Cliff —fueron las palabras de casi todos ellos—. Ha sido una gran pérdida. Espero que los asesinos paguen caro su indigno crimen.

Cliff no movía un músculo de su rostro. Sentía demasiado dolor para expresarlo. Ni una lágrima asomó a sus ojos. Pero lloraba todo él por dentro la pérdida del ser querido, del hombre noble, digno y honesto que había moldeado su propio carácter y su espíritu desde la niñez.

El único en expresarse de forma algo distinta fue el superintendente Talbot, viejo camarada de su padre:

—Serenidad ante lo inevitable, muchacho —le dijo—. Y aparta de ti toda idea de venganza, si es que pasa por tu mente. Eres un policía, un hombre al servicio de la Ley, cómo lo fue tu padre. Sé digno de él. Nada de deseos vengativos. Sólo afán de justicia, de castigo legal para los culpables...

Los ojos de Cliff se clavaron en el superintendente. Habló con frialdad:

—No pienso en vengarle. Sólo en que se haga justicia, señor. Deseo hacerme cargo de su caso desde ahora mismo.

—No, Cliff, lo siento —negó rotundo el superintendente Talbot—. Ya he pensado en eso. Desgraciadamente, a veces esto ocurre en Scotland Yard, tú lo sabes. Hay que llorar al desaparecido, pero pensar en que la vida sigue. El inspector Peters se encargará del caso. Está decidido.

—No, por favor —replicó el joven—. Eso no puede hacerlo. Insisto en ello. Quiero ser yo quien investigue esos crímenes, señor.

—Denegado —ahora el tono de Talbot era más seco—. No es una decisión de amigo, inspector Prowse. Es una orden de su superior.

—Entiendo, señor —Cliff se mordió el labio, dominándose—. En ese caso, solicito un permiso para descansar unos días.

—Permiso concedido. Lo necesitas —de nuevo el policía volvió a ser el amigo de la familia, no el superior jerárquico. Apretó el brazo de Cliff afectuosamente—: Tienes dos semanas de descanso. Aprovechelas para casarte, para olvidar cuánto puedas... Luego verás las cosas con mayor claridad.

Se alejó.

Peters también le expresó su condolencia, añadiendo antes de ausentarse:

—Yo hubiera preferido que tú siguieras con esto, Cliff. Era lo justo, pero órdenes son órdenes. Haré lo imposible por encontrar a quienes mataron a tu padre.

Zeena y él se quedaron solos con los Sangster. Juntos los cuatro, subieron a un carruaje que les condujo de regreso al centro. El juez miró gravemente al joven.

—Estás pensando aprovechar ese permiso para investigar por tu cuenta, ¿no? —preguntó el magistrado de repente.

Cliff pareció sobresaltarse. Alzó la cabeza. Miró a su futuro suegro.

—Sí —convino—. Es lo que estoy pensando, señor.

—Es humano. Pero haces mal. La pasión podría cegarte. Talbot tuvo razón, no eres el policía adecuado para este caso, Cliff.

—Nadie puede ir más lejos que yo en él, señor. Tengo mis motivos para ello.

—Claro. Nadie los discute. Pero esos motivos llevan a veces a la venganza, no al cumplimiento estricto del deber. Ten cuidado, hijo.

—Lo tendré —Cliff arrugó el ceño, parecía pensar en algo. De pronto respondió al juez—: Tengan también ustedes cuidado, señor.

—¿Nosotros? —se sorprendió Nigel Sangster—. ¿A qué te refieres?

—Recuerdo algo que mencionó Kate Finch cuando asesinaron a su madre. Dijo que esos monstruos mencionaron nombres. Repetían la palabra «muerte», entremezclándola con tres nombres... Esos nombres eran Finch, Sangster, Prowse...

—¿Y...? —El rostro del juez reveló sorpresa, mientras su esposa, instintivamente, se aferraba a su brazo con gesto de aprensión.

—Ya han caído dos personas, aparte un desdichado jorobado y

un empleado de archivos municipales en Upminster, señor: casualmente, un miembro de la familia Finch y otro miembro de la familia Prowse. Ahora sólo quedan ustedes... los Sangster.

—Dios mío —murmuró la señora Sangster, estremeciéndose.

Zeena se apretó a Cliff. Éste se volvió, mirándola con ojos repentinamente conmovidos...

—Sí, ya lo he pensado, Zeena —musitó—. También he pensado en ti. Pienso cuidarte lo más que sea humanamente posible, querida... No sé qué clase de horror anda suelto por ahí, pero intuyo que nos amenaza a todos por igual...

Owen Hargood contempló la página del periódico con expresión de repentino horror.

Los titulares eran llamativos, como acostumbraban a serlo en aquel diario tan sensacionalista. Habitualmente, esa clase de noticias no acostumbraban a preocuparle demasiado.

Esta vez fue diferente. También la información era *muy* diferente. Al menos, para él.

«DOBLE ASESINATO EN UPMINSTER, TRAS LA MUERTE HORRIBLE DE SARAH FINCH EN LONDRES Y DE UN VAGABUNDO DEFORME EN EL PROPIO UPMINSTER. ¿QUIÉNES SON LOS ASESINOS QUE DESTROZAN A SUS VÍCTIMAS?».

Hargood estaba muy pálido. Leyó la noticia con profundo interés. El diario cayó de sus manos.

—Dios, no... —jadeó, sintiendo un escalofrío—. No es posible. *Ahora*, no. Hace ya veinte años. No puede ocurrir...

Pero él *sabía* que había ocurrido. Que estaba ocurriendo.

—No puede ser una casualidad —se dijo, paseando nervioso por el gabinete de su elegante casa en Mayfair—. Primero Sarah Finch... Luego el superintendente Prowse... Una Finch, un Prowse... Es tal y como se planeó, tal y como él lo dispuso todo entonces. Pero si no logró el suero, si no llegó a completar el experimento... ¿cómo han podido revivir esos monstruos? Blackie podía responder a eso, sin duda. Pero también él está muerto ahora... No, no puede ser una coincidencia. En modo alguno... Esa vieja cripta de los Eider que cita el periódico... Ahora lo entiendo. Las momias estuvieron allí todos estos años... *esperando*. Y algo les ha hecho revivir, volver a ser quiénes eran: cinco locos homicidas,

peligrosos, con sus cerebros manipulados para matar a sangre fría, a determinadas personas... ¡Tengo que hacer algo, debo de detener este horror antes de que sea demasiado tarde!

Se llenó una copa de *brandy* y la apuró de un trago. Luego se sirvió otra, en tanto contemplaba con fijeza las llamas del hogar, mientras seguía hablando consigo mismo, en un monólogo desesperado:

—Yo no deseo ya venganza alguna... Ha pasado demasiado tiempo para eso. Mis iras juveniles se han calmado en estos años, no guardo rencor a nadie. Es preciso detener eso... antes de que esos monstruos concluyan su tarea. Pero ¿cómo, Dios mío? Además, si voy a la Policía, si les cuento la vieja historia del asilo de locos... me arrestarían como inductor al asesinato. Incluso podrían ahorcarme, como a mi padre. Soy un Hargood, volvería a salir a la luz el viejo asunto, sería víctima de la opinión pública como lo fue él... ¿Cómo explicar que fue el doctor Eider quien lo preparó todo? Yo era su ayudante, trabajaba en el asilo, soy neurocirujano... Les será muy fácil montar contra mí una acusación capaz de enviarme al patíbulo... Sin embargo debo hacer algo, lo que sea... Pero ¿qué?

Vació una segunda copa. Y una tercera. Y una cuarta.

Una hora más tarde, el doctor Hargood, prestigioso médico con su consulta en Harley Street, dormía su borrachera de *brandy*, sumido en sus dudas e incertidumbres, mientras su silencio seguía contribuyendo inexorablemente a que los embalsamados asesinos siguieran su macabra tarea...

Judy Manley era una joven poco imaginativa, salvo para convencer a sus clientes de cuál era la mejor ropa que podían adquirir, o para engatusar a cualquier hombre con sus generosos encantos físicos. Si el cliente era hombre, como ocurría indefectiblemente en *Harring & Harring*, le era sumamente fácil convencerle de que comprase la ropa más cara.

Pero aparte de eso, Judy Manley era una chica bastante obtusa, para quien sólo el dinero o el sexo, por ese orden exactamente, tenían algún sentido en esta vida. Esa tarde, mientras se disponía a cerrar la sastrería para ir a reunirse con cierto caballero, pensaba en ambas cosas a la vez. El caballero en cuestión le había prometido un

valioso regalo, posiblemente una joya. Y como se trataba de un apuesto galán, la pelirroja muchacha tampoco le hacía ascos, ni mucho menos, a la idea de corresponder con generosidad a ese regalo.

Se arregló la blusa de encajes ante el espejo. Contempló con agrado su breve cintura sobre la amplia falda, la prominencia de su llamativo busto, tan generoso como firme, y sonrió complacida de sí misma. Estaba segura de que el caballero no dudaría en ser generoso en su regalo. Y ella correspondería del único modo que sabía hacerlo a semejante generosidad.

Tal vez por esa escasa imaginación de su mente, Judy Manley, al oír el campanilleo de la puerta, pensó en un nuevo y tardío cliente que iba a demorar inoportunamente su cita. Por eso avisó, retocándose el peinado ante el espejo:

—Lo siento, está cerrado ya. No despachamos hoy, vuelva mañana, por favor.

La campanilla sonó de nuevo. La chica frunció el ceño, irritada. También era mala suerte que entrasen tantos clientes a la vez. Porque el primero no se había ido, podía ver su silueta recortada tras la vidriera esmerilada de la puerta de la trastienda. Como su imaginación era tan escasa, le sorprendió un poco la extrema delgadez de aquella figura, pero lo achacó a simple defecto físico del cliente.

—Dije que no despacho —taconeó con ira en el suelo, al vislumbrar la segunda silueta tras el vidrio—. Por favor, salgan de aquí, voy a cerrar. Son ya las cinco y media, señores...

Incluso una damita tan poco imaginativa como Judy Manley tenía que asustarse cuando unos clientes de una sastrería lujosa como la suya recurrían a la insólita respuesta de romper una vidriera para manifestar su descontento.

Cuando la cristalera de esmeril saltó por los aires hecha añicos, la joven se volvió, alarmada, a punto de lanzar un grito de disgusto y sobresalto.

Lo que brotó de su garganta fue algo más que un simple grito. Jamás había exhalado ella alarido tan agudo, tan desgarrador y terrible, ni sus ojos habían expresado un pánico semejante al que reflejaron ante la presencia de los supuestos clientes, mirándola aviesamente desde el otro lado de la puerta rota.

Ojos saltones, en medio de unas caras entre grisáceas y verdosas, cubiertas enteramente con surcos profundos, se fijaban en ella perversamente, con una mezcla de odio y avidez.

Llevaban largo cabello manchado de sangre, sus dientes amarillos mostraban unas encías secas, rugosas, todas ellas cubiertas de sangre coagulada y oscura. Un empujón derribó la puerta con fuerza impensable en aquellos cuerpos esqueléticos.

El alarido de Judy Manley se repitió. Retrocedió, angustiada, comprendiendo que no tenía salida posible. La pequeña trastienda que se utilizaba como probador, no tenía otro hueco que la puerta ocupada por los horribles seres.

—Ropas... —jadeó uno de ellos—. Necesitamos ropas... Pronto... Ropas... para matar.

Judy, despavorida, asintió, señalando las hileras de trajes colgados.

—Tomen... tomen lo que quieran... —sollozó, en plena histeria.

Los horrendos seres embalsamados asintieron, mirando aquellas ropas en los colgadores de la sastrería. Parecían ir elevando su coeficiente mental poco a poco, torpe pero inexorablemente. Ahora se daban cuenta, sin duda, de que no podían seguir moviéndose desnudos por Londres y sus alrededores.

Uno de los intrusos fue hacia las ropas. Los otros cuatro, rodearon a Judy contemplándola malignamente con sus ojos desorbitados. Alargaron sus dedos sarmentosos hacia ella. La pelirroja miró aquellas uñas monstruosas con terror.

La tienda se llenó de chillidos, jadeos y espasmos de dolor infinito y de pánico angustioso momentos más tarde. La sangre saltó violentamente corriendo en regueros sobre el espejo de cuerpo entero que poco antes reflejaba la figura sinuosa de la joven dependiente.

Cuando los extraños clientes abandonaron *Harring & Harring*, de Judy Manley quedaba poco. Y lo que quedaba era tan espantoso, que su galán hubiese huido despavorido de allí apenas contemplado el espectáculo, de haberle sido dado estar presente.

El cuerpo que la muchacha pensaba ofrecer esa misma noche a su generoso galán, yacía sobre la alfombra destrozado, mordido y desgarrado brutalmente, en medio de una auténtica orgía de sangre. Sus hermosos pechos opulentos y blancos colgaban de su torso

ensangrentado, sujetos simplemente por jirones de piel al resto del cuerpo femenino... La cuenca de sus ojos eran dos vacíos boquetes de espantosa fealdad.

—Cada vez es más difícil, querida —suspiró el juez Sangster, dejando a un lado el periódico y comprobando que tenía su revólver dispuesto sobre la mesilla—. Ahora van vestidos por ahí, a juzgar por lo que se desprende de la noticia del asesinato de esa pobre chica en una sastrería de la City. Robaron trajes de caballero tras despedazar a la muchacha virtualmente. La forma de matar coincide con los demás crímenes. Supongo que será más difícil dar con esos monstruos si cubren su esquelética desnudez con ropas normales...

—Tengo miedo, Nigel —confesó su mujer, acurrucándose contra él, temblorosa.

—Vamos, vamos, calma, querida —sonrió su marido, reconfortándola—. Estamos preparados, todas las puertas cerradas, un arma a mano...

—Recuerda cómo murió Dennis Prowse. Había vaciado su revólver sobre sus asesinos. Y no había rastros de heridos, ni ninguna víctima salvo él mismo y el empleado de los archivos.

—Tal vez le sorprendieron tanto que no acertó en sus disparos o simplemente hirió a alguno de ellos —comentó el juez Sangster con firmeza—. No va a ocurrir nada, no temas. Mi pulso es seguro. Por horrenda que sea la fealdad de esas malditas criaturas, mi mano no temblará cuando los tenga ante mí, si llega el caso.

—Dios quiera que no —se estremeció la señora Sangster angustiadamente—. Prefiero no verles jamás... Nigel, cariño...

—¿Sí, querida?

—Nigel, es tarde ya... —Como corroborando esas palabras, un reloj de algún campanario londinense desgranó en ese momento diez lentas campanadas—. ¿Y Zeena, por qué no ha vuelto todavía?

—No hay nada que temer sobre ella, cariño —sonrió el juez—. Cliff no la deja a sol ni a sombra, recuérdalo.

—Aun así tengo miedo. Mucho miedo, Nigel...

Se acurrucó todavía más contra su esposo. Sangster, comprensivo con los temores de su esposa, la apretó fuertemente

contra sí, tras apagar la luz de la lámpara de la mesilla. La oscuridad les rodeó, sólo alterada por el reflejo de una cercana farola a través de los vidrios del balcón, claridad a la que la espesa niebla de la noche ponía un velo gris y profundo que difuminaba su resplandor.

En ese preciso instante sonó el ruido abajo, en alguna parte de la casa.

Sangster se puso rígido. Su mujer tembló.

—¿Qué... qué ha sido *eso*? —susurró ella, estremecida.

—Nada —restó él importancia, aunque su ceño estaba fruncido en la oscuridad—. Tal vez fue en la calle, querida.

—No, no —rechazó ella—. Fue en el vestíbulo, estoy segura. Y estamos solos en casa tú y yo.

—No hay por qué preocuparse. Puede que sea Zeena que regresa.

—No se ha oído ningún carruaje deteniéndose ante la casa —se obstinó ella—. Por favor, Nigel, veamos qué ocurre, no soporto esta incertidumbre...

—Nada de eso —rechazó él, saltando de la cama y cubriéndose con su bata—. Veré lo que ocurre, aunque sé que no puede ser nada. Tú quédate aquí tranquila. Nadie puede llegar hasta esta habitación sin antes subir las escaleras. Y para eso, tendría que pasar sobre mi cadáver, querida.

Empuñó el revólver, lo amartilló, tras encender de nuevo la luz, dio a los mecheros de gas del dormitorio, que brillaron opacamente tras las pantallas de vidrio rosado, encaminándose de inmediato a la puerta. No quiso decir nada a su esposa, pero su fino oído acababa de captar otro leve roce abajo, cerca de la escalera.

Apretó con más fuerza aún la culata de su arma. Salió, cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí.

Avanzó por el corredor, cauteloso, el arma por delante. Llegó hasta el arranque de la escalera sin ver nada ni a nadie. Asomó hacia el vestíbulo. Se le heló la sangre en las venas.

El personaje misterioso estaba subiendo. Rígido, con paso lento, inexorable. La mirada fija en el vacío, los ojos saltones, de reflejo vidrioso. Bajo un traje demasiado elegante y amplio para aquel cuerpo esquelético y repulsivo, se adivinaba una figura enjuta, cadavérica, de piel horriblemente fea, entre gris y verde. El

sombrero grotesco bailoteaba sobre una cabeza reducida a piel y huesos.

—¡Son ellos! —rugió, descubriendo en el vestíbulo la puerta abierta a la noche, a la niebla, por la que estaban entrando otros dos seres mecánicos, fríos, deshumanizados, como muertos en vida —. ¡Malditos asesinos!

Comenzó a disparar sin contemplaciones. Alcanzó de lleno con dos impactos al primero de ellos, que estaba ya a mitad de la escalera. En el dormitorio, oyó chillar a su esposa, e imaginó que era por oír los estampidos del arma de fuego.

Pero no era así. Mientras el juez Sangster seguía disparando, vaciando el cilindro de su revólver sobre aquellos monstruos embalsamados que iban hacia él, las vidrieras del balcón saltaban hechas pedazos, tras siluetearse detrás de ellas una espantosa figura humana grotescamente cubierta de ropas selectas.

La señora Sangster, despavorida, vio ante ella aparecer en la alcoba a dos de los seres de pesadilla, moviéndose como monigotes accionados por un invisible hilo. Con la muerte en sus rostros de escalofrío, con el odio y el exterminio reflejados en aquella mirada demoníaca de sus ojos desorbitados...

Saltó de la cama, corrió a la puerta, tratando de abrirla sin lograrlo, tal era su crispación, su histeria ante la aparición de los monstruos. Éstos se aproximaban ya a ella como una maldición hecha materia, como una visión dantesca convertida en una realidad espeluznante.

Los disparos retumbaban allá fuera mientras ella, desesperada, caída de rodillas ante la puerta, que ahora comprendía que su marido había asegurado con llave desde el pasillo, confiando así en protegerla mejor del peligro, veía aproximarse hacia su persona los pies descalzos de los visitantes, tan oscuros y rugosos como toda su epidermis, como las garras que se movían hacia ella impacientes, exhibiendo aquellas uñas que mostraban todavía huellas sanguinolentas de su última masacre.

Sus gritos de terror infinito se unieron a otros gritos no menos escalofriantes proferidos por el juez Sangster en la escalera. Ya no sonaban disparos. Poco después, tampoco sonaban gritos.

El silencio de la muerte reinaba en la casa. En la niebla de la noche fría y húmeda, se fundían cinco seres de pesadilla, con sus

dedos y dientes goteando sangre caliente.

En la casa, esa misma sangre corría escaleras abajo, en siniestros regueros, o formaba charcos sobre la alfombra del dormitorio, no lejos de sus dueños, horriblemente descamados por sus asesinos.

Ése es el espectáculo que Zeena Sangster y Cliff Prowse se encontraron al llegar a eso de las diez y media de la noche...

—¿Era así como se iban a ocupar ustedes del caso, superintendente?

—Cliff, nadie pudo hacer nada por evitarlo. El juez dijo que tenía un arma, que no tenía nada. Había un agente nuestro allá fuera. ¿Y de qué sirvió? Absolutamente de nada. Encontramos también sin vida al agente, no lejos de la farola, a la entrada de un pasaje...

—Lo sé —dijo con energía el joven Prowse—. Pero ahora, además de ese pobre policía, los Sangster son víctimas de esos monstruos del infierno, superintendente Talbot. ¡Hemos fracasado de nuevo! ¡Scotland Yard ha fracasado, usted y Peters han fracasado!

—¡Basta, inspector Prowse, no le permito esos términos conmigo! —rugió el superintendente, dando un puñetazo sobre su mesa—. Es usted un subordinado mío, recuérdelo.

—Eso no me impide decirles la verdad. ¿Por qué no muestran tanta autoridad, tanta energía, en dar caza a esas bestias feroces salidas tal vez de una tumba?

—Prowse, por última vez. Siga con esa actitud irrespetuosa, y me verá obligado a abrirle un expediente disciplinario...

—Ahórrese el trabajo, superintendente —dijo Cliff con rabia, tirando sobre la mesa una credencial, una placa y un revólver—. Ahí lo tiene todo. Renuncio a mi puesto, abandono la Policía.

—¿Se ha vuelto loco, Prowse? Usted es un policía brillante, hijo de un hombre que prestó grandes servicios a su Cuerpo...

—Pues quédese con todo ese historial también, señor. Yo no necesito nada de eso para buscar a los asesinos de mi padre y de mis suegros y terminar de una vez por todas con esta pesadilla.

—Prowse, no sabe lo que dice. No puede andar buscando a esa gente sin su placa ni su arma.

—Mi padre tenía un arma cuando le asesinaron. El juez Sangster otra. Ambas armas vaciadas, sin una sola bala. ¿De qué les sirvió? De nada. Aparentemente, ni siquiera mataron o hirieron a uno solo de sus asesinos. ¿Sabe por qué? Porque sospecho que esa gente no puede morir. Sencillamente porque ya está muerta.

—¿Qué disparate es ése? ¿Muertos que viven?

—¿Por qué no? Eso explicaría la descripción de Kate Finch, su rara inmunidad a las balas, la ausencia de manchas de sangre que no sea de las víctimas... Su desnudez inicial, sus cuerpos arrugados, de cuerpos momificados, embalsamados... Algo horrendo y sobrenatural se esconde tras este caso. No se puede llevar de forma normal, superintendente, porque no nos las tenemos que haber con seres normales, sino posiblemente con muertos salidos de la tumba, con auténticos autómatas humanos.

—Eso es una locura impropia de un policía sensato, Prowse. Esas muertes de sus seres queridos le han trastornado. Recoja sus cosas y olvidaré todo esto, habida cuenta de su estado de ánimo actual, muchacho.

—¿Para qué? ¿Para que el inspector Peters siga buscando por ahí a unos criminales que no son de este mundo como si estuviera tratando de localizar a unos rufianes del East End, superintendente? No, gracias. Ahora, sin trabas policiales, seré yo quien encuentre a esos monstruos.

—Tenga cuidado, Prowse. Si se inmiscuye en nuestras diligencias puedo hacerle arrestar.

—Pues hágalo, llegado el momento —dijo con desprecio Cliff, encaminándose a la salida—. Eso les resultará mucho más fácil que resolver este caso, estoy seguro.

Cerró de un portazo. Talbot se mordió el labio, miró los objetos dejados por el joven sobre su mesa, los guardó en un cajón y meneó la cabeza, pesaroso.

—Espero que ese muchacho no haga ninguna locura —suspiró—. Cuando esto termine, tal vez me sea posible convencerle para que regrese a su puesto. Es demasiado buen policía para perderlo así...

Cliff Prowse iba a abandonar ya Scotland Yard aquella mañana

horriblemente sombría y desapacible, con una llovizna constante horadando la espesa bruma que invadía desde muy temprana hora las calles de Londres.

Justo entonces, el mozalbete estaba preguntando a un agente de uniforme, de guardia a la puerta de Scotland Yard:

—¿El inspector Clifford Prowse, por favor?

—¿Qué quieres tú de un inspector, mocososo? —le interrogó el *policeman*, benévolo.

—Entregarle un mensaje. Es urgente, eso dijeron.

Cliff se aproximó rápido.

—Yo soy Prowse —dijo al muchacho—. Dame ese mensaje.

El chico se lo tendió. Cliff le dio una moneda y el mozalbete se perdió a todo correr en la niebla. Era un papel doblado y lacrado. Rompió el lacre, saliendo a la calle. La niebla incluso hacía difícil leer un texto en pleno día.

«Señor Cliff Prowse:

Necesito verle con urgencia. Le espero en mi consulta de Harley Street hoy mismo, entre dos y cinco de la tarde. No falte. Es un asunto de vital importancia, relacionado con la muerte de su padre.

Owen Hargood, doctor en Medicina».

Cliff guardó el mensaje, pensativo. Llamó a un coche de punto de la cercana parada y subió a él. Le dio una dirección, alejándose del Yard a buen trote de los caballos sobre el empedrado urbano.

No se dio cuenta en absoluto de que un carruaje que permanecía parado cerca de la puerta de Scotland Yard partía tras el suyo de inmediato. De haber llegado a vislumbrar el rostro que oteaba la calle a través de la ventanilla, Cliff hubiese sentido el escalofrío de horror en todo su ser.

Era una faz espantosa la que escudriñaba la calle bajo el ala de un sombrero de copa alta, hundido hasta las cejas. Sobre el pescante, el cochero de oscura librea, también cubierto con otro sombrero de peluche, tampoco tenía una faz mucho más tranquilizadora que aquella otra de piel llena de surcos, oscura y reseca, donde brillaban enloquecidos unos ojos saltones, de vidriosa

expresión.

—Es Prowse... Hay que matar... —dijo el ser del interior del carruaje, revelando en su modo actual de coordinar palabras, ideas y conceptos, que sus cerebros adormecidos durante veinte años iban adaptándose paulatinamente a su nueva existencia. Su mecanismo rígido iba perdiéndose poco a poco, hablaban con mayor fluidez y, lo que era peor, pensaban con creciente astucia.

No sólo usaban ya ropas y un carruaje. Sabían quién era su víctima y la seguían por Londres audazmente, en pleno día, amparados por la espesa niebla.

Cliff Prowse no podía sospechar que el peligro latente se hacía así cada vez más difícil, más cercano, más aterrador.

El carruaje de Cliff Prowse se detuvo en una casa de la City el tiempo justo para recoger a una Zeena enlutada, llorosa y lívida. Luego, partió hacia Harley Street, la calle de los médicos, llevando a la joven pareja al encuentro del doctor Hargood, veinte años demasiado tarde quizá.

Un pesado, sombrío silencio planeó sobre la estancia.

Sólo se escuchó, durante largo rato, el chasquido de los leños en la chimenea del consultorio, lamidos por las llamas.

Aquel fuego reconfortante lograba combatir la glacial humedad del exterior.

Pero no el frío repentino que había invadido las venas y el ánimo de ambos jóvenes.

—Dios mío, doctor Hargood... —jadeó Cliff roncamente, poniéndose en pie—. Usted... usted planeó todo este horror...

—Era veinte años más joven. Irreflexivo, rencoroso, vengativo, lleno de odio hacia quienes tanto dañaron a mi padre —musitó el médico, que poco antes había concluido el relato de la vieja historia, extinguida entre los muros abrasados de Dartford Assylum veinte años atrás, para revivir en ese punto con toda su horrible crudeza.

—Aun así, planeó fríamente una venganza pensando en el futuro, doctor —acusó Zeena amargamente, rompiendo su silencio—. Ahora, mis padres están muertos, el padre de Cliff también... Y esos seres horrendos andan sueltos por ahí...

—Lo sé, Dios mío, lo sé —gimió Hargood cubriéndose la cabeza entre ambas manos desesperadamente—. ¿Saben la agonía que estoy viviendo, los remordimientos que me consumen en estos últimos días, al comprobar que aquella locura fue cierta, que el maldito doctor Eider al que tanto admiraba, fue capaz de crear un horror y no un prodigio científico?

—Era de prever, doctor —dijo Cliff gravemente—. Hay cosas que al hombre no le están permitidas por mucha que sea su ciencia. La vida y la muerte no nos pertenece. Ahora, Eider está muerto. He averiguado en Upminster que su esqueleto reposa en la misma cripta donde mataron a Blackie, donde sin duda ocultó Eider sus momias asesinas... Pero usted vive. Y es culpable de todo esto, doctor Hargood.

—Admito mis culpas. Pagaré todas ellas en el patíbulo si es lo que merezco. No temo a nada, ni siquiera a la muerte. Sólo quiero purgar el mal que hice involuntariamente. Ahora no deseo venganzas, no quiero nada semejante, Prowse. Lo juro...

—Sé que piensa así, pero es un poco tarde para arrepentirse de ello. Ha muerto demasiada gente. Sin embargo, agradezco su llamada. Esto puede ayudarnos a terminar para siempre con la pesadilla.

—Pero ¿cómo, inspector? Ni siquiera sabemos dónde se ocultan, cómo actúan... Es evidente que el experimento soñado por Eider escapó a sus previsiones. Los embalsamados recuperaron la vida a los veinte años, sí, pero sin necesidad de suero, sin volver a ser seres vivos, sino simples momias pensantes, que se mueven por impulsos grabados en sus cerebros mediante hipnosis y neurocirugía. No sé cómo resolver el asunto, cómo acabar con ellos. Son muertos que viven, momias que andan, piensan lo que Eider quiso que pensarán. Y que ejecutan fríamente lo que se les programó años atrás... Si las balas no les afectan es que son auténticos cadáveres ambulantes, Prowse. ¿Qué hacer con ellos?

—No lo sé. Tendremos que enfrentarnos juntos a ese azote que ustedes desencadenaron, Hargood. Tal vez esto redima en parte sus culpas. Aunque su padre fuese inocente, que no dudo que lo fue, a juzgar por lo que pensaba el mío, eso no justifica tanto horror...

—Claro que no. No quiero vivir, inspector. Deseo pagar mi crimen. Pero no antes de colaborar a destruir lo que nosotros

creamos en nuestra maldad de entonces... Ahora sé quién mató realmente a aquellas pobres costureras, por quién fue mi padre al patíbulo. Y, sin embargo, aunque tengo ahí las pruebas contra él, jamás pensé ya en usarlas, eso le demostrará mi ausencia total de rencor hacia todos.

—¿Dice que sabe quién mató a su padre?

—Sí. Fueron años enteros de pesquisas. Hasta que supe que ellas tenían un amigo, amante de una de ellas. Las asaltó para violar a la otra hermana. Luego, una vez asesinadas, las robó. Ahora es un hombre rico, pero entonces tenía problemas económicos acuciantes. Siempre fue un miserable... pero le he perdonado, Prowse.

—La Justicia no perdona esas cosas, doctor. Deme esas pruebas. Al menos, servirán para limpiar la memoria de su padre. Vale la pena.

El médico fue a un cajón de su secreter. Volvió con unos documentos sujetos por una cinta. Los puso en manos de Cliff.

—Tome —suspiró—. Haga con esas evidencias lo que quiera, inspector. El caso es suyo ahora, no mío. Justicia sí, venganza... no. Ya no.

—¿Quién fue el asesino, Hargood? —rogó Cliff, guardando los documentos.

—Paul Archard, el abogado defensor de papá. Ahora es fiscal de la Corona. Creo que le conocerá usted...

—¡Archard! —repitió Cliff, asombrado, cambiando una mirada con la pálida, demudada Zeena—. Eso explica su pésima defensa de Dudley Hargood... Dios mío, Hargood, debió guardar sus energías sólo para eso, para hacer pagar al auténtico culpable, no a personas inocentes...

—Ahora lo sé. Cuando ya es demasiado tarde...

—Esperemos que, cuando menos, no lo sea para salvar otras vidas amenazadas —murmuró Cliff, sin pensar en sí mismo al decirlo, pero sí en Zeena Sangster.

En ese momento, la puerta de la consulta médica se abrió con brusquedad.

Los embalsamados aparecieron en ella.

—Muerte... Sangster... Prowse... Muerte... a los dos... Deben morir, están sentenciados... Zeena Sangster y Cliff Prowse...

Hargood saltó en su asiento, con gesto de supremo horror. Cliff se volvió asombrado, mientras el alarido de Zeena conmovía los muros de la consulta de Harley Street.

Eran cinco monstruos momificados, cerrando toda posible salida, moviéndose hacia ellos como mensajeros de muerte surgidos de la misma tumba fría y viscosa...

—¡Zeena! —chilló Cliff palideciendo—. ¡Aquí, conmigo, pronto!

Alargó un brazo, aferrando a la aturdida, horrorizada joven, de quien tiró con violencia, situándola tras de sí, cubierta con su propio cuerpo.

Ella sollozaba y gritaba, presa de la histeria y el pánico.

Hargood, tras unos instantes de estupor y miedo ante la presencia de lo sobrenatural, reaccionó valientemente, acaso en un esfuerzo suicida por purgar del único modo posible sus pecados.

Saltó con valor hacia los cinco monstruos de lentos movimientos, interponiéndose en su camino hacia Cliff y Zeena. El joven policía gritó, aferrando con un solo brazo a la joven, siempre protegida por su propio cuerpo:

—¡No, Hargood, no lo haga! ¡Será su muerte, no puede nada contra ellos!

El doctor golpeó con sus puños a uno de los embalsamados, alargó una mano, empuñó un escabel y lo estampó en la cabeza de otro, cuyo cráneo crujió como si fuera hendido por la mitad. Pero nada de eso alteró la marcha implacable de los embalsamados asesinos hacia sus víctimas.

—¡Yo contribuí a crearos, malditos monstruos! —aulló Hargood frenético, dando unos pasos atrás, mientras una de las garras sarmentosas lograba desgarrar su rostro de un zarpazo, haciendo

correr la sangre—. ¡Os ordeno que volváis a la tumba de donde nunca debisteis salir! ¡Sólo sois pobres locos, enfermos mentales momificados, no sois nada, no tenéis que vivir ni matar! ¡No matéis a nadie más! ¡Os lo ordeno yo, el doctor Hargood, que ayudé a daros esa miserable vida de que ahora disfrutáis!

Otro de los momificados le aferró por el cuello, hincando sus uñas en la carne. Hargood boqueó, convulso, mientras tres de los muertos resucitados rodeaban ya fatalmente a Cliff y Zeena. El joven recordó que ni siquiera llevaba ya un revólver, aunque sabía que eso no había servido de nada para salvar las vidas de Sangster o de su propio padre.

Hargood cayó de espaldas, arrastrando consigo al ser demoníaco que le sujetaba el cuello, amenazando con romperle la tráquea. Ambos rodaron por el suelo, hasta el mismo hogar.

Rápido, el médico alargó su mano izquierda, aferrando un leño encendido, sin importarle abrasar sus dedos con él.

Metió el fuego en el rostro momificado, apretando rabiosamente.

El monstruo lanzó un alarido ronco, gutural, encogiéndose mientras su pelo ralo ardía y su piel despedía un hedor nauseabundo al ser lamida por las llamas, que ennegrecieron con rapidez su piel disecada.

En el paroxismo de su rabia y de su posible dolor, el embalsamado apretó y apretó el cuello de Hargood. Éste se convulsionó, pero manteniendo la tea encendida contra las ropas y el cuerpo huesudo de su mortífero enemigo. El cuello del médico crujió ásperamente al ser quebrado por la garra del asesino.

Pero éste ya ardía, agitándose en vano entre las llamas. El leño escapó de las manos del moribundo Hargood, cuyos ojos vidriosos se fijaron en Cliff agónicamente.

—¡El fuego, Zeena! —rugió Cliff, viendo claro por primera vez—. ¡El fuego! ¡Eso es lo que les hizo huir de casa de los Finch, eso salvó a Kate y no el arrojarle por la ventana! ¡El fuego es lo único que les afecta! ¡Es fuego purificador realmente, Zeena! ¡Tenemos que abrasarles a todos, es la única forma de vencerles...!

Logró tirar de ella, evitando el acoso de los momificados, para alcanzar apresuradamente la chimenea a cuyos pies yacía Hargood y el abrasado monstruo, agitándose aún en convulsiones.

Zeena chilló al sentir el roce de la mano de una de aquellas

dantescas mujeres momificadas, envuelta en grotescas ropas de hombre elegante. Cliff alcanzó los leños, arrojó a patadas varios de ellos rodando por la alfombra, que pronto prendió hasta los pies de sus siniestros enemigos.

Luego, con celeridad, se agachó, tomando uno que ardía por uno de sus extremos. A guisa de arma, lo empuñó, protegiéndose con él, hostigando a los cuatro embalsamados.

Las llamas de la alfombra rodeaban ya a los combatientes. Los momificados trataron de escapar a su cerco, cubriéndose el espantoso rostro con sus cadavéricas manos. Las ropas prendieron rápidamente. El leño empuñado por Cliff abrasó el rostro de dos de ellos, que se tambalearon, cegados por el fuego y por su pánico al mismo.

En plena confusión, Cliff logró escapar con Zeena, salvando el muro de llamas temerariamente. Salieron al exterior de la consulta. Cliff se detuvo, cerró con llave la puerta y se apresuró a arrastrar un pesado butacón contra la misma. Sobre él situó otra mesa y unas sillas. Todo ello tembló, al ser golpeada la puerta por las momias encerradas en el consultorio. Pero no cedió. Por las rendijas brotaba el humo, el aire olía a tela quemada. Y a algo mucho peor: a carne reseca, pasto de llamas...

Por fin, la puerta cedió, derrumbándose astillada, abatiendo los muebles apoyados en ella. Cliff y Zeena, cerca de la salida, volvieron la cabeza, alarmados.

Pero ya no había motivo para temer nada. Los seres esqueléticos eran cuatro antorchas llameantes, mitad hechos pavesas, tratando de abandonar el infierno ardiente que era ahora el consultorio del doctor Hargood.

Por el camino, se iban derrumbando sus cuerpos, convertidos en huesos y cenizas, en hediondos restos humanos de unos seres que vivieron y murieron veinte años atrás, para volver a este mundo gracias a una ciencia funesta y a un factor imponderable, que jamás pudo prever el doctor Eider en su soberbia creadora.

—Cliff, amor mío... —sollozó Zeena, patéticamente abrazada a él—. Ha sido horrible, horrible... De no ser por tu idea, ahora estaríamos todos muertos... Era el fuego... era el fuego la única arma...

—Sí, Zeena. Pero la idea no fue mía, sino de Hargood. Eso,

cuando menos, le redime en parte de sus graves errores del pasado... El fuego ha sido realmente purificador esta vez, aunque no lo pudo ser del todo hace veinte años en aquel viejo asilo... Esos monstruos han sido exterminados muy a tiempo. Estaban haciéndose más crueles por momentos... Sólo Dios sabe en qué hubiera terminado todo esto de no mediar el arrepentimiento de Owen Hargood. Que Él le haya perdonado. Vamos, Zeena, hay que avisar a mis compañeros de lo sucedido... Y arrestar a Paul Archard por asesinatos cometidos hace veinte años... Creo que es cierto lo que decía el superintendente Talbot. No es bueno pensar en la venganza, Zeena. Es mejor creer que, tarde o temprano, siempre se hace justicia...

La rodeó amorosamente con su brazo. Se alejaron mientras las llamas se extendían por la consulta de Harley Street, cubriendo con el piadoso manto de su fuego tanto horror como quedaba sepultado para siempre en aquella casa.

FIN

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

NOTAS

[1] El *Illustrated Police News* fue una revista de la época, que salía los sábados, dedicada enteramente a sucesos, y cuya portada, con dibujos terriblemente expresivos de los más espeluznantes casos de actualidad, hizo historia en su día. (N. del A.). < <